



Número 216
Julio 2021

HERALDOS DEL ANGE

*Dos vocaciones,
un solo corazón*

Preludio de la venganza sobre la serpiente

Como auténticos israelitas, Joaquín y Ana fueron limpiados del pecado original, en su momento, y vivían en estado de gracia. Pero la grandeza de la concepción de la Madre del Mesías les recomendaba que se elevaran a un grado de santidad y de purificación hasta entonces jamás alcanzado. Por consiguiente, deberían ser colmados de dones y virtudes muy particulares.

En cierto modo, la misión de ambos superaba a la de los propios ángeles, ya que a ninguno de ellos la Virgen les llamó «papá» o «mamá»...

Cuando se considera que en los dos convergió lo que había de más refinado en el pueblo elegido, tanto en lo referente a los dones naturales como a los sobrenaturales, con vistas a su plena manifestación en Nuestra Señora y en el Hombre Dios, parece razonable admitir que hubieran sido purificados de la concupiscencia de la carne antes de la concepción de María.

Además, al tratarse de la Medianera universal de todas las gracias —mediación que abarca por completo la Historia de la Creación—, ¿los primeros en beneficiarse de esta prerrogativa no deberían ser sus propios padres? Esta hipótesis se presenta como la manera más decorosa y casta de preparar la auro-



Francisco Lecaros

El nacimiento de la Virgen - Basílica de Notre Dame du Roncier, Josselin (Francia)

ra de la Redención, que despuntaría en la concepción de la Santísima Virgen.

El autor de estas líneas piensa que la Providencia concluiría su obra en ambos al concederles esa gracia, de forma que en la generación de María la concupiscencia en nada mancharía el ánimo de los esposos. Así pues, la castísima concepción de Nuestra Señora constituiría el preludio de la venganza sobre la serpiente, que Dios había prometido en el paraíso (cf. Gén 3, 15).

CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.
«Maria Santíssima! O Paraíso de Deus revelado aos homens». São Paulo: Arautos do Evangelho, 2020, v. II, pp. 68-69.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XIX, número 216, Julio 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

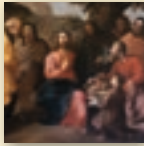
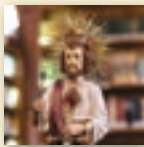
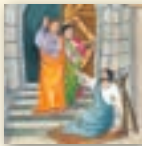
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	4		<i>Consejos de los mayores gigantes de la tierra</i>	34	
<i>Encuentros y desencuentros (Editorial)</i>	5		<i>Amparo de los débiles y esperanza de los enfermos</i>	36	
	<i>La voz de los Papas – Como un ciego a la vera del camino...</i>	6		<i>Heraldos en el mundo</i>	40
	<i>Comentario al Evangelio – Dios siempre nos «multiplica los panes»</i>	8		<i>Sucedió en la Iglesia y en el mundo</i>	44
	<i>San José, Patrón de la Santa Iglesia – «Te he constituido padre de muchos pueblos»</i>	16		<i>Historia para niños... – El precio de un milagro</i>	46
	<i>Blas de Lezo: el «medio hombre»</i>	20		<i>Los santos de cada día</i>	48
	<i>«Zelo zelatus sum»</i>	26		<i>El trono del Rey de reyes</i>	50
	<i>Santa María Magdalena – Un alma transformada por el amor</i>	30			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

ARTÍCULO SOBRE ANDRÉ ZIRNHELD

Les felicito por su espléndida revista y, en particular, por el artículo del mes de abril sobre el paracaidista francés André Zirnheld. Al hilo de esta historia me gustaría recordar que en la Segunda Guerra Mundial los capellanes castrenses de los regimientos de paracaidistas americanos también saltaban, como así fue la noche anterior al día D en Normandía.

Josep Ripoll Terrassa
Palma de Mallorca — España

«DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MÍ»...

Leyendo uno de los artículos de la revista *Heraldos del Evangelio*, la de junio, me quedé encantada al conocer la verdadera historia del pequeño rey y mártir Luis XVII. ¿Cómo es posible que un frágil e inocente niño de 8 años haya sido capaz de afrontar, él solo, tanta crueldad? Y encima, después de todo eso, cuando el que le torturaba le pregunta qué haría si fuera restaurado el reino de Francia, le dice: «Te perdonaría».

Esto, sin duda, es un reflejo de las palabras de Nuestro Señor en la Cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». ¡Un santo ejemplo para nosotros! «¡Dejad que los niños se acerquen a mí, pues de los que son como ellos es el Reino de los Cielos!».

María Neuma Teixeira de Souto
São Paulo — Brasil

SAGACIDAD, PRUDENCIA Y ASTUCIA

Artículo interesantísimo, el que aparece en la edición de mayo, por su excelente exposición didáctica a la luz de algunos pasajes bíblicos y del Santo Evangelio en torno a los térmi-

nos *sagacidad, prudencia y astucia*, ya que a menudo el concepto que se tiene de los mismos suele ser peyorativo o, cuando menos, confuso.

De hecho, en la cotidianidad, al decir de alguien que es sagaz, astuto o prudente equivale a asociarlo con persona oportunista. Pero como bien lo explica el articulista, todo depende del fin para el cual se usen estas palabras, que siempre ha de estar al servicio de la alabanza y la gloria de Dios y el cumplimiento de su ley. Es entonces cuando la sagacidad, la astucia y la prudencia, se convierten en virtud.

Por otra parte, la definición: «La sagacidad es la prudencia practicada a alta velocidad» es digna de figurar entre las *Frases para reflexionar*.

Laura Vifon
Vía revistacatolica.org

CUIDADO EN LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Magnífico el *Editorial* del mes pasado: *Inocencia y heroísmo de la virtud*. Hoy día los padres deben tener mucho cuidado en la educación de sus hijos. En las escuelas públicas, e incluso en las privadas de prestigio, están intentando, desde temprana edad, arrancar la inocencia de los alumnos, principalmente de las niñas, con la tal enseñanza de la ideología de género. Hasta como asignatura curricular. ¡Una lucha para los padres!

Pedro Ricciardi
Vía revistacatolica.com.br

«UN MENSAJE PROFÉTICO»

Las reflexiones sobre las profecías de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, en sus apariciones, nos recuerdan la existencia del Reino de Dios y del Infierno. A través de la penitencia y de la conversión es posible reconducir nuestra vida por el camino de la justicia y de la verdad.

Profecías anunciadas: persecución al Papa y a la Iglesia, catástrofes

mundiales, pandemia (como la del COVID-19), etc. ¡Es necesaria la purificación del mundo, a causa del pecado! Delante de todo ello se abre el camino de la esperanza, con la maternal y firme promesa: «¡Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará!».

Milu Ríos Vela
Vía revistacatolica.org

«LA MADRE CORREDENTORA»

Me ha encantado el artículo *La Madre Corredentora*, del pasado mes de mayo. Es un tema muy actual y ojalá nuestra generación pueda presenciar la proclamación del quinto dogma mariano: María Corredentora, Abogada y Medianera de todas las gracias.

Es de justicia, a semejanza de los dogmas anteriores, como el de la Inmaculada Concepción, en donde ya existía entre teólogos, Papas y santos el convencimiento de la preservación de María Santísima del pecado original y toda mancha, mucho antes de que fuese proclamado el dogma en 1854. Como bien dice el artículo, la Corredención viene avalada por el magisterio de la Iglesia y está presente en la piedad popular.

Sin el *fiat* de María no se habría encarnado Nuestro Señor Jesucristo, cuya naturaleza humana proviene sólo de Ella. Pensemos que María es madre, pero no cualquier madre: María es Madre de Dios y es mujer, pero no cualquier mujer: es la nueva Eva; si por la primera vino el pecado, por María vino el Redentor. Pero María también es Reina, con poder en los Cielos y en la tierra, y podría haber frenado las atrocidades que le hicieron a su Hijo. Sin embargo, Ella lo permitió y sufrió con el Señor al pie de la cruz y allí el mismo Cristo la nombró Madre de toda la humanidad. María Corredentora, ruega por nosotros.

Jesús María Ferrando Valls
Vía revistacatolica.org

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

La Historia de la salvación se puede resumir en *encuentros providenciales*. Josué, servidor de Moisés desde su juventud (cf. Núm 11, 28), recibió de éste el mandato de introducir a su pueblo en la tierra prometida. Elías, en el auge de su vocación, se encontró con Eliseo y le dejó como herencia su doble espíritu (cf. 2 Re 2, 9). La misión de Juan el Bautista estaba entrelazada con la del divino Maestro, incluso algunos llegaron a pensar que se trataba del propio Cristo (cf. Lc 3, 15).

Jesús, por su parte, «pasó haciendo el bien» (Hch 10, 38), sin importarle el lugar ni las circunstancias: podría ser en el sitio en el que se recaudaban impuestos, donde llamó al publicano Mateo a abandonarlo todo para encontrar el verdadero tesoro; o bien junto al pozo de Jacob, donde sació su sed con la conquista del alma de la samaritana; o bien en el cauteloso silencio de la noche, como en el elocuente diálogo con Nicodemo.

Posteriormente, el encuentro de San Agustín con San Ambrosio, el de Santa Clara con San Francisco de Asís o el de San Juan de la Cruz con Santa Teresa de Jesús nos muestran cómo las misiones de los hombres providenciales se completan y subliman en el encuentro, de manera particular en la vida de los fundadores. Para los benedictinos, por ejemplo, su santificación consiste en amplia medida en una relación personal con su «padre Benito»; es decir, en el fondo su santificación es una «benedictización».

Por otro lado, la existencia de los hombres y mujeres providenciales también está repleta de «desencuentros»: persecuciones por parte de tiranías de todos los siglos, traiciones impetradas por desafectos y hasta choques con sectores del poder eclesástico, como es el caso de la infame condenación de Santa Juana de Arco.

Ahora bien, este mes los *Heraldos del Evangelio* recuerdan un encuentro muy especial para su historia y, por qué no, para la de la Iglesia. Hace exactamente sesenta y cinco años, un 7 de julio, el joven João Clá Dias se encontraba con su maestro, modelo y guía: el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. En aquel primer encuentro —en la basílica de Nuestra Señora del Carmen, de São Paulo— ya se recolectaron las semillas de todos los frutos que más tarde esta obra produciría. En realidad, fue precisamente esa unión de corazones la que dio lugar a numerosas iniciativas como, verbigracia, la institución de un germen de vida comunitaria, una mezcla de contemplación y acción, aún en los comienzos de la entidad.

Muchos «desencuentros» formaron parte de la vida de cada uno, a la manera de lo que ocurrió en el pasado en el seno de otras fundaciones: incomprensiones por parte del poder civil y del eclesástico, persecuciones internas y externas, traiciones de toda clase. Pero tales «desencuentros» nunca tuvieron ni nunca tendrán poder alguno contra la única e inseparable misión de ambos, por una razón muy simple: a los hombres providenciales le fue confiado un papel central en la Historia de la Iglesia y «las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18). ✧



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, por entonces seglar, junto al Dr. Plinio Corrêa de Oliveira, en septiembre de 1982

Foto: Mario Shinoda



Como un ciego a la vera del camino...

Cualquiera que conoce las tinieblas de su ceguera y entiende que le falta la luz eterna, debe clamar desde lo hondo de su corazón como el ciego de Jericó: «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!».

Nuestro Redentor, conociendo que los corazones de sus discípulos habían de ser gravemente turbados en su Pasión, mucho antes que ésta sucediese, les dio noticia de ella y de la Resurrección; para que viéndole morir, como Él se lo había dicho, estuviesen ciertos de que había de resucitar.

Pero sabiendo el Señor que los discípulos como carnales no podían comprender las palabras de este misterio, quiso obrar en su presencia un milagro. Y así dio vista a un ciego, para llevarlos a la firmeza de la fe con obras maravillosas, ya que no podían entender bien las palabras.

Símbolo del género humano, privado de la luz por el pecado

Ahora bien, queridísimos hermanos, los milagros del Señor, nuestro Salvador, se han de oír de modo que creáis que fueron así como se refieren y junto con esto habéis de creer que tienen dentro de sí y contienen otro misterio. Son sus obras tan llenas de maravillas que, por una parte, muestran por fuera su maravilloso poder y, por otra, encierran dentro un misterio divino.

En lo que toca al sentido literal, no sabemos quién era este ciego [del que nos habla el Evangelio]; pero sabemos en el misterio a quién significa.

Este ciego es el género humano: el cual en nuestro primer padre fue excluido de los gozos del paraíso y, como ignorante y privado de la claridad de la luz soberana, padece las tinieblas a que fue condenado; pero es iluminado con la presencia del Redentor, para que a lo menos dentro del alma sienta luz para desear el bien y, con este deseo, empiece a andar por el camino de las buenas obras para alcanzarle. [...]

No basta reconocer la ceguera, hay que clamar a Jesús

Y viene muy a propósito decir que este ciego estaba sentado junto al camino y mendigando, porque la misma Verdad hablando de sí dice: «Yo soy el camino» (Jn 14 6).

Claro está que es ciego el que no siente en sí la claridad de la luz eter-

na; mas cuando ya tiene el principio, que es creer en su Redentor, podemos decir que está sentado cerca del camino. Y si habiendo creído, calla y no pide misericordia para ver la luz eterna, y cesa de pedir este favor, diremos que el ciego está junto al camino, pero que no pide limosna; mas si junto con creer pide merced a Dios, diremos que el ciego está junto al camino y que está pidiendo.

Mirad, cualquiera que conoce las tinieblas de su ceguera y entiende que le falta la luz soberana, saque el clamor de lo interior de sus entrañas y con verdadera voz del alma diga: «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!» (Lc 18, 38).

Jesús escucha a quien persevera en la oración

Mas veamos qué le sucede a este ciego que da tantas voces: «Los que iban delante lo regañaban para que se callara» (Lc 18, 39a). ¿Quién pensáis que son estos? Sabed que son los deseos carnales y los escuadrones de los vicios, que por impedir que Dios nos oiga y lo llamemos con atención, desbaratan nuestros buenos pensamientos y desordenan con sus tentaciones cualquiera buena deliberación que nuestra alma hace; y cuando el corazón quiere estar más atento en la oración, allí procuran perturbarle.

*Expulsado del
paraíso en la persona
de Adán y privado de
la gracia, el género
humano se asemeja a
un ciego condenado
a las tinieblas*

A menudo, cuando queremos dejar los pecados y volvernos a Dios, y para esto nos ponemos en oración, entonces se representan por su industria a nuestro corazón las visiones espantosas de los pecados que hemos cometido, y quieren deslumbrar a nuestra alma, confundir nuestro corazón, y quitarnos el habla. [...]

Sepamos, pues, lo que hizo el ciego contra todo esto para ser alumbrado. Prosigue el texto: «Pero él gritaba más fuerte: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”» (Lc 18, 39b). Mirad que siendo este ciego acusado por la gente y mandado que calle, clama con mayores voces, dándonos a entender, que tanto con mayor fervor debemos insistir en la oración, cuanto mayor estruendo sentimos de los pensamientos carnales que perturban nuestra alma.

La multitud quiere contradecirnos para que no demos voces, cuando las visiones feas de nuestros tan graves pecados se nos representan en la fantasía, y perturban nuestra oración; pero es menester, que cuanto más contradicción sienta la voz de nuestro corazón, tanto con mayor calor ore, hasta vencer aquellos impedimentos que la fantasía nos representa, y que la oración sea tan importuna y firme, que rompiendo todos estos nublados, suba a los oídos del Señor. [...]

Mas cuando con fortaleza insistimos en la oración, detenemos en nuestro espíritu a Cristo que antes iba pasando. Y por esto se sigue: «Jesús se paró y mandó que se lo trajeran» (Lc 18, 40). [...]

«Señor, que yo vea»

Y por esto es bien que notéis lo que le dijo: «¿Qué quieres que haga por



Jesús cura al ciego de Jericó - Iglesia del Buen Pastor, Jericó (Israel)

*Al igual que el ciego
que gritaba alto
cuando le mandaron
callarse, en las
tentaciones debemos
intensificar el fervor
de nuestra oración*

ti?» (Lc 18, 41a). ¿Por ventura quien tenía poder para darle la vista ignoraba qué quería? No por cierto, mas es su voluntad que le pidamos lo que ya sabe que le hemos de pedir y Él nos lo ha de dar; y siempre nos manda que con oraciones le importunemos, sin embargo, junto con esto nos dice: «Vuestro Padre celestial sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis» (Mt 6, 8).

Luego no por otra cosa nos dice que pidamos, sino por mover nuestro corazón a que oremos; y así vemos que este ciego dijo: «Señor, que yo vea» (Lc 18, 41b). Mirad, no le pide al Señor oro, sino luz; tiene, pues, en poco pedir otra cosa de cuantas hay en el mundo sino luz: porque dado que todo lo tuviese, sin vista no lo podía ver.

Procuremos, amados hermanos míos, ser semejantes a este ciego, pues sabemos que fue alumbrado en el alma y en el cuerpo. No pidamos a Dios riquezas engañosas, ni dones corruptibles de la tierra, ni honras mundanas. Pidámosle la luz, pero no la luz que se encierra en un lugar, que se acaba con el tiempo, que se cambia con la noche, ni la luz de que se sirven también los animales brutos. Supliquémosle que nos dé la luz que los ángeles gozan

y ven: porque esta es la luz que ni tiene principio ni fin.

Ahora bien, el camino para llegar a esta luz es la fe. Y por esto con razón le respondió el Señor al ciego a quien quería alumbrar: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado» (Lc 18, 42). ✦

Fragmentos de:
SAN GREGORIO MAGNO.
Homilias sobre los Evangelios.
Homilía II, pronunciada en la
Basilica de San Pedro, 19/11/590.



EVANGELIO

En aquel tiempo, ¹ Jesús se marchó a la otra parte del mar de Galilea (o de Tiberíades). ² Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos. ³ Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. ⁴ Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. ⁵ Jesús entonces levantó los ojos y, al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: «¿Con qué compraremos panes para que coman estos?». ⁶ Lo decía para probarlo, pues bien sabía Él lo que iba a hacer. ⁷ Felipe le

contestó: «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo». ⁸ Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: ⁹ «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?». ¹⁰ Jesús dijo: «Decid a la gente que se sienten en el suelo». Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil. ¹¹ Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo

todo lo que quisieron del pescado. ¹² Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda». ¹³ Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. ¹⁴ La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: «Este es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo». ¹⁵ Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña Él solo. (Jn 6, 1-15).

Dios siempre nos «multiplica los panes»

En estos conturbados días, la escena de la multiplicación de los panes nos recuerda una verdad siempre actual: basta que le entreguemos a Dios lo mejor de nosotros y Él hará el resto, superando todas nuestras expectativas.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – DIOS SE PREOCUPA POR SUS HIJOS

La celebración del decimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario nos invita a pasear por un bellissimo panorama, cuyo ápice es la escena de la multiplicación de los panes, narrada por San Juan.

En perfecta alineación con ese pasaje están los demás textos de la parte móvil de la liturgia y la propia Oración colecta, la cual sintetiza el empeño de la Santa Iglesia por incrementar nuestra confianza en la Providencia, suplicando: «Oh, Dios, protector de los que en ti esperan y sin el que nada es fuerte ni santo; multiplica sobre nosotros tu misericordia, para que, instruidos y guiados por ti, de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros que podamos adherirnos ya a los eternos».¹ En efecto, el cariño infinito del Padre celestial no solamente provee las necesidades temporales de sus hijos, sino que también aumenta los dones espirituales y hace que las almas crezcan en el fervor, en la piedad y en la disposición de obedecer a su voluntad.

La primera lectura (2 Re 4, 42-44), extraída del Segundo Libro de los Reyes, ofrece a nuestra consideración un episodio prefigurador del milagro descrito en el Evangelio. Con tan sólo veinte

panes el profeta Eliseo alimenta a cien personas, remitiéndose a las palabras del Señor: «Comerán y sobraré» (4, 43). El salmo responsorial resalta esa bondad del Altísimo: abre su mano y sacia a placer a todo viviente (cf. Sal 144, 16), sin dejar desamparado nunca a los hijos que en Él esperan y lo invocan lealmente.

San Pablo, por su parte, recuerda en el pasaje de la Carta a los Efesios recogido en la segunda lectura (Ef 4, 1-6) la unión existente entre los miembros del Cuerpo Místico de Cristo y nos exhorta a mantener «la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (4, 3). Ahora bien, la paz es la tranquilidad del orden, conforme lo define San Agustín,² y el orden sólo existirá si vivimos en la completa dependencia de aquel que nos creó, nos redimió y nos sustenta en cada paso, dispensándonos gracias en profusión. Quienes se separan de Él entran en desorden, pierden la humildad y la mansedumbre y se vuelven incapaces de «sobrellevarse mutuamente con amor» (4, 2).

En el contexto de la liturgia de hoy, sin embargo, el principal mensaje de la epístola se encuentra en los últimos versículos, donde el Apóstol resalta que sólo hay «un Señor, una fe, un bautismo»

*El cariño
infinito del
Padre celestial
no solamente
provee las
necesidades
temporales de
sus hijos, sino
que también
aumenta
los dones
espirituales y
hace que las
almas crezcan
en el fervor*

*El orden sólo
existirá si
vivimos en
la completa
dependencia
de aquel que
nos creó, nos
redimió y nos
sustenta en
cada paso,
dispensándo-
nos gracias
en profusión*

(4, 5), en función del cual nada más que existe «un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos» (4, 6). Nuestro Señor Jesucristo considera como un único cuerpo a todos los que lo buscan con sinceridad, dóciles al principio que Él mismo dio: «Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6, 33). Y sobre ellos derrama un amor especial, concediéndoles lo demás por añadidura.

La prodigalidad inagotable de un Dios que se preocupa por resolver hasta nuestros problemas más corrientes trasluce de modo maravilloso en el relato del discípulo amado, estimulándonos a asumir una actitud de completo abandono en relación con Él.

II – EL MILAGRO MARCA PARA SIEMPRE A QUIENES DAN TESTIMONIO DE ÉL

Si pudiéramos contemplar el día a día de San Juan Evangelista en el transcurso de los quince años de intimidad con la Virgen Santísima, tras



Thiago Tamura

la muerte y resurrección de Jesús, ciertamente nos quedaríamos extasiados al ver Madre e hijo entretenidos en bendecidos coloquios, a lo largo de los cuales Ella le enseñaba sublimes verdades y, al mismo tiempo, transmitía a su interlocutor las filigranas del arte de la conversación.

El apóstol virgen debió aprender a la perfección esa habilidad y, sin duda, se convertiría en un hombre bastante aficionado a ella, hasta el punto de componer buena parte de su Evangelio a base de conversaciones. Nada más empezar el capítulo primero registra el testimonio de Juan el Bautista y el encuentro del divino Maestro con sus primeros discípulos centrando ambos hechos en diálogos (cf. Jn 1, 19-51); de un modo similar discurre sobre las bodas de Caná (cf. Jn 2, 2-11), la visita de Nicodemo a Jesús (cf. Jn 3, 1-21), la conversación con la samaritana (cf. Jn 4, 1-42), etc. Al abordar el asunto de la multiplicación de los panes, único milagro narrado por los cuatro evangelistas, lo describe también de esa forma particular, pintando la escena con colores vivos e incluso pintorescos.

Además de obedecer a una secuencia cronológica, tuvo una dialéctica intención al poner ese hecho como apertura de su sexto capítulo, cuya temática se desarrolla en torno a la Eucaristía.

El pueblo va en busca de Jesús

En aquel tiempo, ¹Jesús se marchó a la otra parte del mar de Galilea (o de Tiberíades). ²Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.

Por los relatos de San Marcos y de San Lucas sabemos que los Apóstoles acababan de regresar de una misión en las aldeas de Galilea, a las cuales el Maestro los había enviado «a proclamar el Reino de Dios y a curar a los enfermos» (Lc 9, 2). De vuelta junto a Jesús, en Cafarnaún, los Doce «le contaron todo lo que habían hecho y enseñado» (Mt 6, 30). El Señor quiso entonces proporcionarles unos días de descanso y se fue con ellos «en barca a solas a un lugar desierto» (Mc 6, 32). No obstante, muchas personas de entre el pueblo se dieron cuenta de ello y «de todas las aldeas

Jesús cura al ciego de nacimiento
Catedral de San Francisco Javier,
Green Bay (EE. UU.)

fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron» (Mc 6, 33).

San Juan señala claramente la razón por la cual la muchedumbre se movió en busca del Redentor: la restitución de la salud a los enfermos. En efecto, Jesús siempre atendía a los que se acercaban a Él con fe pidiéndole que los curara. Al ser el divino Médico, ni siquiera tomaba en consideración si la dolencia era grave, rara, contagiosa o de causa desconocida y sanaba todos tan sólo con una mirada, una imposición de manos, un simple deseo. A veces bastaba que el necesitado le tocara el borde del manto para que quedara sano al instante. Como es natural, esto causaba una impresión muy fuerte en aquella gente, sobre todo porque tales milagros demostraban que Él era un profeta a cuyas palabras se les debía dar crédito.

El Señor ve de lejos a la multitud

³ Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. ⁴ Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.

^{5a} Jesús entonces levantó los ojos y, al ver que acudía mucha gente,...

La escena es en extremo atrayente: el Señor en lo alto de la montaña, seguramente sentado en un punto elevado, enseñando maravillas inéditas, y los discípulos en la hierba en torno suyo, escuchándolo encantados.

El Maestro se fijaba en ellos mientras hablaba. En cierto momento, alzó la mirada por encima de las cabezas de sus oyentes y divisó a lo lejos la turba que avanzaba. Cuánta belleza encierra este pormenor: el Hombre Dios levanta los ojos y por primera vez contempla con su vista carnal a aquella muchedumbre conocida por Él desde toda la eternidad.

La referencia a la fiesta de la Pascua, en el versículo 4, nos permite calcular cuán variado y voluminoso era el contingente de judíos que procedía de Cafarnaún en busca de Jesús. En esa época del año dicha ciudad se convertía en el punto de encuentro de los peregrinos llegados del norte de Palestina, los cuales se aglutinaban allí en caravanas para encaminarse hacia Jerusalén. Por lo tanto, la multitudinaria marcha se componía en gran medida de viajeros, inexperimentados en cuanto a las distancias y a las provisiones necesarias para los desplazamientos en la región.

Una situación propicia para estimular la fe

^{5b} ...dice a Felipe: «¿Con qué compraremos panes para que coman estos?». ⁶ Lo decía para probarlo, pues bien sabía Él lo que iba a hacer. ⁷ Felipe le contestó: «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo».

Conforme narran los otros tres evangelistas, el Señor recibió a esa multitud compadecido, porque aquellas personas «andaban como ovejas que no tienen pastor» (Mc 6, 34), y se puso a predicarles acerca del Reino de Dios y a curar a los enfermos (cf. Lc 9, 11). Sin duda, transcurrirían varias horas mientras todos, maravillados, atendían a sus palabras y sus gestos, en un ambiente sobrenatural tan intenso que nadie se preocupó con el hambre ni el cansancio.

Únicamente cuando el día empezó a declinar los discípulos le recomendaron a Jesús que despidiera al pueblo, con el fin de que se dispersara entre las aldeas de los alrededores para comprar víveres (cf. Mt 14, 15). Sin embargo, Él les contestó: «No hace falta que vayan, dadle vosotros de comer» (Mt 14, 16). Es entonces cuando se dirige a Felipe y le plantea la cuestión, como si le dijera: «Y ahora, ¿cómo vamos a solucionar esta situación?».

Como el propio San Juan observa, «bien sabía [el Señor] lo que iba a hacer». De hecho, además de poseer el conocimiento divino, por ser la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el alma de Jesús siempre estuvo en la visión beatífica y, por tanto, desde el primer instante de su concepción en el seno virginal de María, contemplaba en Dios todos los acontecimientos.

De manera que, al indagar la opinión de Felipe, el Redentor no pretendía obtener la indicación concreta de un lugar donde se vendiera pan a millares, sino ampliar los horizontes del apóstol, estimulándole a crecer en la fe. Ante la evidente imposibilidad de resolver el problema por los medios comunes y corrientes, debería haber dicho: «Maestro, no hay solución humana; no obstante, estamos en tus manos. Eres Señor de los que tienen hambre y Señor de los alimentos. Si quieres, puedes saciar a esta multitud».

Pero Felipe no superó bien la prueba. Su respuesta, en el fondo, era un desahogo: «Señor, por favor, ini siquiera menciones el tema! Orde-

El Señor recibió a esa multitud compadecido, porque aquellas personas «andaban como ovejas que no tienen pastor»

Al indagar la opinión de Felipe, el Redentor no pretendía obtener la indicación concreta de un lugar donde se vendiera pan a millares, sino ampliar los horizontes del apóstol, estimulándole a crecer en la fe



La Multiplicación de los panes y de los peces
Parroquia de San Osvaldo, Sankt Oswald bei
Freistadt (Austria)

na que esta gente se vaya; y de prisa, porque de lo contrario se desmayarán aquí mismo...».

Cuando el evangelista escribió el hecho, cerca de sesenta años después, ciertamente se deleitó recordando la escena y, al terminar de redactar estos versículos, quizá pensara consigo mismo, sonriendo: «¡Pobre Felipe!».

Dios quiere nuestra colaboración

⁸ Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: ⁹ «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?».

Sin duda, los demás Apóstoles estaban atentos al intercambio de palabras entre Jesús y Felipe y algunos de ellos ya habían averiguado si quedaban vendedores de comida en medio de la turba. El único que encontraron fue un muchacho que ofrecía pan de cebada, inferior al pan de trigo y en general consumido por los pobres, y peces, ciertamente salado y seco según la costumbre local. Nos lo podemos imaginar transportando su mercancía en una pequeña cesta con dos compartimentos y anunciando en voz alta su buen precio, incluso

el momento en que Andrés lo llamó y le preguntó cuántos panes y peces llevaba. Al constatar la reducida cantidad disponible, irrisoria para los miles de necesitados, el apóstol interviene en la conversación y transmite los datos recogidos y refuerza la posición de Felipe.

Ahora bien, el Señor quiso proceder de esta manera, al despertar en los Doce la preocupación con el sustento del pueblo, con el fin de que les quedara claro el origen milagroso del exorbitante número de panes que en breve ellos mismos distribuirían. De lo contrario, quizá ni se darían cuenta y, como es natural, enseguida empezarían a circular explicaciones poco razonables con respecto de la procedencia de la comida, tal vez atribuyéndole el ingenio a un espectacular panadero de la región.

Hay que destacar también que Jesús no necesitaba esos cinco panes ni los dos peces, porque bastaba su voluntad para realizar cualquier portento. Sin embargo, Dios desea actuar con la colaboración del hombre. Siempre que exista algo que esté a nuestro alcance, hemos de darlo, confiados de que lo demás Él lo providenciará.

Divina cortesía

¹⁰ Jesús dijo: «Decid a la gente que se sienten en el suelo». Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil.

En este versículo sobresalen la extraordinaria gentileza y el sentido del orden de Nuestro Señor, de cuyo ejemplo se desarrollaría más tarde la cortesía en el trato social, alcanzando sucesivos auges en la Edad Media y el *Ancien Régime*. Podría haber alimentado a aquella gente de prisa, máxime al estar anocheciendo. No obstante, lo hizo con calma, como en una ceremonia, sin nada de excitación ni apresuramiento. Por eso les ordenó a todos que se acomodaran «por grupos de cien y de cincuenta» (Mc 6, 64).

En relación con el número de comensales es importante subrayar un detalle registrado únicamente por San Mateo: «había unos cinco mil hombres, *sin contar mujeres y niños*» (14, 21). Si consideramos que cada varón debía estar acompañado de su respectiva familia y que en aquel tiempo la prole solía ser enorme, no parece exagerado calcular una aglomeración de al menos treinta mil personas.

Jesús da gracias por la comida

¹¹ Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

Modelo de cortesía en las relaciones sociales, Jesús lo es también y sobre todo en el trato con el Altísimo. En su naturaleza humana, manifiesta gratitud al Padre por haber hecho llegar a sus manos aquellos cinco panes y dos peces, enseñándonos con ese gesto que es indispensable expresar siempre nuestro reconocimiento por todo lo que recibimos de Dios.

He aquí una lección fundamental para la armonía de la vida en familia y condición para que nunca falte el alimento: dar gracias a Dios en cada comida. La oración en tal circunstancia nos coloca en una posición de desprendimiento con relación a los esfuerzos empleados para ob-

tener la subsistencia, recordándonos nuestra entera dependencia del Señor.

No es difícil imaginar el contento de los que, sentados en la hierba, fueron objeto del desvelo de Nuestro Señor. Con la ayuda de sus discípulos (cf. Mt 14, 19), Él mismo se puso a servir, entregándoles a los comensales «todo lo que quisieron». Por lo tanto, la cantidad de panes y de peces superaba incluso las necesidades del apetito del momento, siendo plausible pensar que muchos se llevaran a sus casas más de lo que comieron allí.

Vale la pena considerar que Jesús podría multiplicar frutas, carne o huevos, pero prefirió pan y pescado por ser alimentos simbólicos. El primero, porque ya apuntaba a la Eucaristía; el segundo, por representar el apostolado de la Iglesia, conforme Él se lo había prometido a los Apóstoles: «os haré pescadores de hombres» (Mc 1, 17).

El Redentor no quiere que nadie se pierda

¹² Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda». ¹³ Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido.

Lejos de indicar un simple principio de limpieza, buena educación o preservación ambiental, esa orden del divino Redentor obedecía a razones mucho más elevadas.

Una de ellas, enseña Santo Tomás,³ consistía en proporcionarles a los discípulos una demostración de la realidad del milagro y por eso sobraron exactamente doce canastos, para que cada apóstol se viera obligado a llevar uno. Otro motivo era manifestarle su empeño por quienes no son «resto», sino sus semejantes, es decir, cada uno de no-

Quien viera a aquellas personas tan entusiasmadas juzgaría que, a partir de entonces, todos acatarían las enseñanzas de Jesús. No fue, sin embargo, lo que ocurrió



Francisco Lecaros

La Multiplicación de los panes y de los peces - Biblioteca del Monasterio de Yuso, San Millán de la Cogolla (España)

*La solución
para todos
los problemas
sociales,
políticos,
económicos,
morales
e incluso
epidémicos
está en volver
a la vida
cristiana, a
la vida de los
sacramentos,
a la vida
de piedad*

sotros. Nuestro Señor quiere salvar a todos los hombres, si bien únicamente logra reunir en torno suyo a los que no ponen obstáculos a su acción.

San Juan sólo menciona «los pedazos de los cinco panes», omitiendo los peces. Varios autores coinciden en que, aunque la Eucaristía no haya sido instituida allí, el evangelista quiso señalar el cuidado y veneración debidos a los fragmentos de hostias consagradas, en los cuales Jesús está presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad incluso cuando ha terminado la Celebración, y que por eso no pueden ser descartados.

Ellos reconocieron al Profeta...

¹⁴ La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: «Este es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo».

En aquella época, un profeta sólo gozaba de credibilidad ante el pueblo si atestiguara la veracidad de sus palabras realizando un milagro. Por eso San Juan emplea la palabra «signo», mostrando que en ese prodigio el Señor les ofrecía a aquellos judíos una garantía: «Yo multipliqué los panes y los peces para que creáis en mí».

Deslumbrada con el alimento distribuido por Jesús —los panes más deliciosos de la Historia!—, la muchedumbre reconoció en Él al Mesías, el Salvador esperado, y se puso a aclamarlo.

Quien viera a aquellas personas tan entusiasmadas juzgaría que, a partir de entonces, todos acatarían las enseñanzas de Jesús y comenzarían a actuar en consecuencia. No fue, sin embargo, lo que ocurrió.

...pero no quisieron entregarse a Él

¹⁵ Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña. Él solo.

Jesucristo es Rey y, en cierto sentido, el pueblo no se equivocó en su intento de proclamarlo como tal. Por consiguiente, lo que llevó a Nues-



Andreas Praefcke

La Multiplicación de los panes y de los peces
Iglesia de San Gordiano y San Epímaco,
Merazhofen (Alemania)

tro Señor a escabullirse no fue, como algunos suponen, una humildad mal concebida por la cual se debe rechazar cualquier honra o alabanza merecidas, sino el espíritu de aquellos judíos. Anhelaban elevar al Redentor al trono y establecer con Él relaciones distantes, como las existentes entre un monarca y sus súbditos, sin comprometerse a amarlo ni obedecerlo en todo. Como soberano, promulgaría unas cuantas leyes, crearía impuestos y gobernaría Israel, pero no interferiría directamente en la vida de nadie.

Si la multitud, por el contrario, hubiera exclamado: «¡Este es verdaderamente nuestro Dios y Creador, nuestro Señor! ¡Entreguémonos por entero a Él!», Jesús no se habría apartado de allí.

Aquellos miles de hombres, mujeres y niños quedaron marcados para el resto de sus vidas por ese milagro del divino Maestro. Probablemente algunos lo rechazaron hasta el punto de alzar la voz, cuando Él se encontraba ante el pretorio de Pilato, para gritar: «¡Crucifícalo, cruci-



Nuestra Señora del Buen Consejo - Santuario de Nuestra Señora del Buen Consejo, Genazzano (Italia)

fícalo!» (Jn 19, 6). No obstante, después de verlo clavado en el santo leño quizá descendieran del Calvario golpeándose el pecho y llorando, recordando aquel signo que con tanta claridad les había mostrado la voluntad de Dios y que habían rechazado.

III – LA SOLUCIÓN PARA TODOS NUESTROS PROBLEMAS

En el Evangelio de hoy contemplamos a Nuestro Señor Jesucristo como fuente de la verdadera armonía entre los hombres, del buen trato, del empeño de hacer bien a los demás. Él se desdobra en cariño por todos y cada uno de nosotros y nos invita a imitarlo, a preocuparnos por nuestros hermanos, así como Él se preocupa por nosotros.

Debemos ser predicadores de la verdad, sin perder nunca una sola oportunidad de llevar a la gente a que aprovechen el tesoro que el Señor ha traído a la tierra: la gracia. Bajo los influjos de ésta la humanidad alcanzó en el pasado sutil perfección; hoy, en medio de un terrible desierto espiritual, nos corresponde a nosotros trabajar para que

ella regrese a la casa paterna, la Santa Iglesia, que jamás deja de multiplicar los panes y los peces necesarios para la subsistencia de las almas de sus hijos.

La solución para todos los problemas sociales, políticos, económicos, morales e incluso epidémicos está en volver a la vida cristiana, a la vida de los sacramentos, a la vida de piedad, a la vida en que Nuestro Señor Jesucristo sea nuestra vida. Entonces, sí, todo será resuelto!

Recordemos que Dios entregó su omnipotencia en las manos de la Santísima Virgen, dándonos la alegría de poder contar con una intervención materna en nuestro favor. Si estamos con Ella, no nos faltará nada, ni pan, ni pescado; sobre todo, nunca nos faltará Jesús. ✧

¹ XVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO. Oración colecta. In: MISAL ROMANO. 2.^a ed. Madrid: Libros Litúrgicos, 2017, p. 398.

² Cf. SAN AGUSTÍN. *De Civitate Dei*. L. XIX, c. 13, n.º 1.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Ioannem*, c. VI, lect. 1.

*Si estamos
con Nuestra
Señora,
no nos
faltarán nada,
ni pan, ni
pescado;
sobre todo,
nunca nos
faltará
Jesús*

«Te he constituido padre de muchos pueblos»

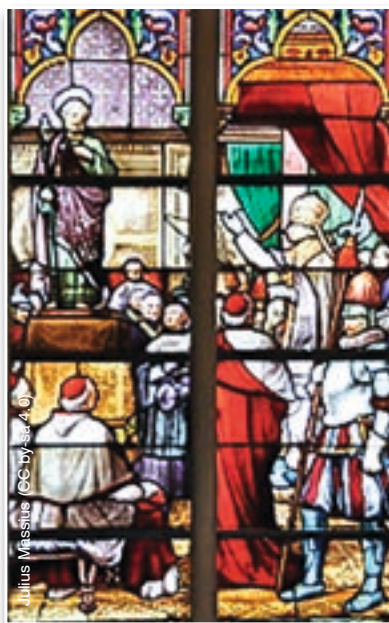
Hace 150 años Pío IX confirmaba el patrocinio de San José sobre la Iglesia. A la luz de los textos recogidos por la liturgia en honor del Santo Patriarca, consideremos las enseñanzas teológicas contenidas en ese título suyo.

Daniel Vinicius Almeida da Paixão



Padre, un vocablo corto y, sin embargo, es una expresión que comporta mucha honra. A menudo suele ser de las primeras palabras que salen de la boca de un niño y no pocas veces una de las últimas que el hombre pronuncia antes de dejar esta vida terrena, como, por cierto, hizo el propio Hombre Dios: «Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, dicho esto, expiró» (Lc 23, 46).

Si esto no fuera suficiente para designar el valor que ese término tiene, le podríamos añadir también la circunstancia lingüística de ser la raíz de otras muchas palabras no menos importantes: al conjunto de bienes de una familia o institución se le da el nombre de *patrimonio*; a la tierra cuyo honor y defensa entregan sus vidas los hombres se le llama *patria*; a un ejemplo o modelo al que se le tiene presente imitar se le dice *padrón*; al varón que asume la custodia espiritual de alguien, por ejemplo, de un bautizado o de un confirmado, o que lo acompaña o desempeña un papel de responsabilidad con relación a él en cualquier ceremonia religiosa o civil, se le denomina *padrino*; y, finalmente, aquel cuyo



San José es declarado Patrón de la Iglesia Universal - Iglesia de San Nicolás, Wasquehal (Francia)

auxilio se demanda se le invoca como *patrón* o *patrono*.

El «padre protector»

¿Qué relación tiene entonces la figura del patrón con la del padre?

El concepto de *patrón* se presenta sucintamente como «el santo del cual llevamos su nombre, bajo cuya advo-

cación está dedicada una iglesia o a quien un país, una ciudad, una cofradía o una comunidad lo reclama como su protector».¹ Por esta definición vemos que su persona despunta como la de un padre protector al cual nos vinculamos y en quien depositamos nuestra confianza.

No cabe duda de que es un honor para un santo el tener a numerosas almas que acuden a las aguas del Bautismo bajo la protección de su nombre o lo toman cuando se entregan a la vida consagrada. Quizá aún sea más insigne un patrón al que se le confía una comunidad religiosa o una diócesis, una ciudad entera o un país.

Ahora bien, ¿qué decir de alguien al que todos los fieles lo invocan como Patrón de la Santa Iglesia Católica? Jamás un hombre podría ostentar un título de tal grandeza... a no ser que, en esta tierra, Dios lo llamara «padre mío».

La Santa Iglesia clama por su padre

El presente año de 2021 está dedicado a la veneración del Glorioso Patriarca San José, en conmemoración de los 150 años transcurridos desde que el Santo Padre Pío IX lo declara-



Celebración Eucarística en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caierias (Brasil).
En el destacado, San José - Colección particular

ra Patrón de la Iglesia Católica. Los casi treinta y dos años de gobierno de este pontífice marcan aún hoy día la Historia en virtud de los hechos que en él se dieron, tanto en el ámbito político como en el eclesiástico. No nos detendremos en narrarlos, ni siquiera en enumerarlos todos, pero tal vez el simple recuerdo de acontecimientos como el Concilio Vaticano I, la proclamación de los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la infalibilidad pontificia, las guerras y revoluciones liberales y la pérdida de los Estados Pontificios ejemplifique la tremenda conjunción de eventos, ora gloriosos, ora trágicos, que la Iglesia y toda la sociedad vivieron en aquella segunda mitad del siglo XIX.

En este contexto, se entiende cómo los católicos no pudieron dejar de reconocer que la Barca de Pedro, dirigiéndose hacia el siglo XX —tan mencionado en distintas profecías de los siglos precedentes—, se disponía a singular un mar tempestuoso y que se hacía indispensable confiarla a un peculiar patrocinio, tal vez tan necesario como nunca.

Así pues, a finales de 1870 la Sagrada Congregación de Ritos respondió a la clamorosa súplica del pueblo fiel:

«Puesto que en estos tiempos tristes la misma Iglesia es atacada por doquier por sus enemigos y se ve oprimido

La Barca de Pedro se disponía a singlar un mar tempestuoso y se hacía indispensable confiarla a un peculiar patrocinio

por tan graves calamidades que parece que los impíos hacen prevalecer sobre ella las puertas del Infierno, los venerables obispos de todo el orbe católico, en su nombre y en el de los fieles a ellos confiados, elevaron sus preces al sumo pontífice para que se dignara constituir a San José por Patrón de la Iglesia Católica. Y al haber

sido renovadas con más fuerza estas mismas peticiones y votos durante el Santo Concilio Vaticano Ecuménico, nuestro santísimo Papa Pío IX, conmovido por la luctuosa situación de estos tiempos, para ponerse a sí mismo y a todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del Santo Patriarca José, quiso satisfacer los votos de los obispos y solemnemente lo declaró Patrón de la Iglesia Católica».²

El referido decreto, titulado *Quemadmodum Deus* y fechado el 8 de diciembre de 1870, fue ratificado por el romano pontífice el 7 de julio de 1871, a través de la Carta Apostólica *Inclitum Patriarcha*, motivo por el cual el presente mes de julio es especialmente apropiado para la veneración de nuestro incomparable patrón.

No obstante, inevitablemente surge una pregunta: ¿En qué se fundamenta la atribución de ese nombre al esposo de María Santísima? ¿Habrá sido una decisión arbitraria del sumo pontífice o quizá una reacción espontánea de los católicos acosados por la persecución? No sólo parecería irreverente afirmar esto, sino

que sería blasfemo despreciar la fulgurante acción del Espíritu Santo en tal episodio histórico y, sobre todo, la profunda teología contenida detrás de ese título.

En realidad, no sería descabellado que en aquella circunstancia el Santo Padre hubiera confiado la grey de Cristo a San Miguel, Príncipe de los ejércitos celestiales; o los Santos Pedro y Pablo, columnas de la Iglesia Romana; o a San Juan Bautista, del cual el Salvador dijo que no había nadie mayor que él entre los nacidos de mujer (cf. Lc 7, 28). La Iglesia cuenta y siempre ha contado con estos y otros muchos patronos. No obstante, como otrora su divino Fundador, perseguido por Herodes y fugitivo en Egipto, necesita en esta difícil etapa de la Historia el auxilio de su padre.

Y aquí nos adentramos en la cuestión teológica: ¿Cómo se explica la paternidad de San José con relación a la Santa Iglesia?

El nuevo Abrahán: verdadero padre del Hombre Dios

Sería inútil explicar el misterio de esa paternidad sin considerar que ella no está atada a lazos de sangre, como nos sugiere la primera idea de «padre». En San José este término asume otra clave.

De entre los pasajes bíblicos presentados por la liturgia para la Solemnidad del Glorioso Patriarca, el 19 de marzo, hay un fragmento de la Epístola de San Pablo a los romanos que llama la atención del fiel por el curioso pormenor de que no presenta, a primera vista, ninguna relación con el santo al que se le dedica la celebración: ¡el Apóstol diserta sobre la figura de Abrahán!

«En efecto, no por la ley sino por la justicia de la fe recibieron Abrahán y su descendencia la promesa de que iba a ser heredero del mundo. [...] Por eso depende de la fe, para que sea según gracia; de este modo, la promesa está asegurada para toda la descendencia,

no solamente para la que procede de la ley, sino también para la que procede de la fe de Abrahán, *que es padre de todos nosotros*» (Rom 4, 13.16).

La realidad es que tal texto encierra una profunda y misteriosa relación, por la cual la liturgia de la Santa Iglesia asume al patriarca del pueblo elegido como prefigura del Patriarca de la Nueva Alianza. En el siglo XII esta analogía entre los dos grandes varones de la fe ya había sido señalada por el benedictino Ruperto, abad del monasterio de Deutz: «Entre todos a los que fue hecha la promesa de la Encarnación, el primero fue Abrahán, y el último fue José. [...] La genealogía del Salvador no lleva a Ma-

*De la misma forma
que la maternidad
espiritual de María,
la paternidad de
San José se prolonga
de forma mística
a toda la Iglesia*

ría, de acuerdo con el hecho de que le da nacimiento en la carne, sino que, conforme a un parentesco divino, lleva a José que, aun no siendo el padre de Cristo por la carne, sino por la fe, era el último heredero de la mencionada promesa».³

De modo que no es de extrañar que la santa liturgia traiga a la luz la figura de Abrahán en la conmemoración de San José, pues, en ambos, la Alianza de Dios con el varón elegido sobrepasa los lazos de la ley y se coloca en el plano de la gracia. Es lo que comenta Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, a propósito del mismo pasaje paulino: «La perennidad de una descendencia no puede estar basada en la consanguinidad, sino en algún fundamento divino que la

haga eterna, es decir, en la gracia. [...] Existe, pues, un nivel superior al natural, al humano, una familia constituida por la fe y no por la sangre. [...] En San José, por ser descendiente de David, se cumplen todas las promesas de la Alianza. Es padre de Jesús por la fe heredada de Abrahán y llevada por él a la perfección. El vínculo existente entre él y el Redentor es una relación de fe».⁴

En la Historia de la Iglesia no ha faltado quien, negándose a aceptar una paternidad exenta del vínculo carnal, inventara teorías que lesionaban la divina manera con la que fue concebido el Mesías, e incluso hasta la virginidad de la Madre de Dios y de su esposo inmaculado. La teología, sin embargo, nos enseña que la paternidad de San José para con el divino Salvador fue nueva, única y singular, de orden superior a la paternidad natural o adoptiva del común de los hombres.⁵ Y la castidad sobre la cual está edificada, no sólo la hace más pura, sino que incluso más auténtica, según la sentencia de San Agustín: «*Maiores puritas confirmet paternitatem. [...] Quia tanto firmitus pater, quanto castius pater*— Su mayor pureza reafirme su paternidad. [...] Porque su paternidad era tanto más auténtica cuanto más casta».⁶

Nuestro padre, ante aquel en quien creyó

Entendido cómo el Glorioso Patriarca es, de hecho, padre virginal de Jesús, su nexa con la Santa Iglesia surge como consecuencia: «De la misma forma que la maternidad espiritual de María en relación con todos los hombres no es sino el complemento y la prolongación de la maternidad natural para con Jesús, así la paternidad de San José, que ejerció naturalmente en relación con Cristo, se prolonga de forma mística. Con razón, es necesario que la autoridad y el cuidado paterno que San José ejerció en la Sagrada Fa-

milia, primer núcleo de la Iglesia, se extiendan maravillosamente a toda la Iglesia».⁷

Así, el gran título de Patrón de la Santa Iglesia otorgado a San José tiene su fundamento en una dignidad aún más profunda: siendo verdadero padre de Cristo, cabeza de la divina institución por Él fundada, no puede dejar de ser verdadero padre de su Cuerpo Místico.⁸

Vemos, por tanto, cómo en San José se cumplen de una manera más perfecta las palabras de San Pablo a los romanos, conforme prosigue en su epístola: «Según está escrito: “Te he constituido *padre de muchos pueblos*”; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó. [...] Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: “Así será tu descendencia”. [...] Por lo cual le fue contado como justicia» (Rom 4, 17-18.22).

Por su fe en acoger tan alta misión confiada por el Padre eterno, San José no recibió «únicamente» el nombre de *padre de Jesús* —lo cual está por encima de cualquier mérito de un ser creado—, sino que se convirtió en padre de una numerosa descendencia, es decir, «la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo»,⁹ como reza una conocida oración de León XIII al Santo Patriarca.



San José, Patriarca de la Iglesia - Basilica menor del Oratorio de San José, Montreal (Canadá)

Pidamos la intervención de este padre omnipotente

¿Qué deben hacer entonces los católicos que durante este año de 2021, no menos calamitoso que la época en la cual la Esposa Mística de Cristo fue confiada a San José, luchan por defender la integridad de la fe y la pureza de las costumbres? Oigamos el consejo del magisterio:

«Que San José, con su paterna providencia y con su omnipotente intercesión, os ayude siempre a vosotros y a vuestras familias. Se dice y se observa esta palabra “omnipotente” al hablar de la intercesión de María Santísima, pero nos atrevemos a afirmar que, antes aún, es necesario aplicarla a San José. [...] El jefe de la casa era precisamente San José: por este motivo, esta intercesión no puede menos que ser omnipotente, pues ¿qué pueden negar Jesús y María a San José,

a quienes él consagró literalmente toda su vida, y que, en realidad, le deben los medios de su existencia terrenal?».¹⁰

Confiado en esa intervención omnipotente —¡que esperamos sea pronto!—, el católico perseverante debe, en el año de San José, rogarle que el mundo reconozca los caminos que ha estado recorriendo y, a la luz del salmo aplicado por la liturgia al Patriarca de la Iglesia, considere los últimos acontecimientos que le han sobrevenido: «Si sus hijos abandonan mi

ley y no siguen mis mandamientos, si profanan mis preceptos y no guardan mis mandatos, castigaré con la vara sus pecados y a latigazos sus culpas» (Sal 88, 31-33).

Igualmente es necesario que le supliquemos que el Cuerpo Místico de Cristo, del cual él es padre, sea defendido de los embustes de sus adversarios, como canta el mismo salmo: «No lo engañará el enemigo ni los malvados lo humillarán. Ante él desharé a sus adversarios y heriré a los que lo odian» (Sal 88, 23-24).

Finalmente, que proteja a su bendita descendencia, aquella sobre la cual flota la promesa de su divino Hijo de que no perecerá bajo las potencias infernales (cf. Mt 16, 18). Con respecto a ella fue profetizado: «Le daré una posteridad perpetua y un trono duradero como el cielo» (Sal 88, 30). ✧

¹ PATRON. In: GLAIRE, Jean-Baptiste; WALSH, Joseph-Alexis (Dir.). *Encyclopédie catholique*. París: Parent-Desbarres, 1847, t. XV, p. 447.

² SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS. *Quemadmodum Deus*: ASS 6 (1870), 193-194.

³ RUPERTO DE DEUTZ. De divinis officiis, c. XIX. In: CANALS VIDAL, Francis-

co (Ed.). *San José en la fe de la Iglesia. Antología de textos*. Madrid: BAC, 2007, pp. 16-17.

⁴ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, v. VII, p. 44.

⁵ Cf. LLAMERA, OP, Bonifacio. *Teología de San José*. Madrid: BAC, 1953, pp. 92-102.

⁶ SAN AGUSTÍN. Sermo 51. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1983, v. X, pp. 42-43.

⁷ BOVER, SJ, José María. *De cultu S. Ioseph amplificando. Theologica disquisitio*. Barcelona: Eugenius Subirana, 1926, pp. 49-50.

⁸ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *San José: ¿quién lo conoce?...* Madrid: Asoc. Sal-

vadme Reina de Fátima, 2017, p. 412.

⁹ LEÓN XIII. *Oración a San José*: ASS 22 (1889-1890), 117.

¹⁰ PÍO XI. Allocuzione nella festività di San Giuseppe, 19/3/1938. In: *L'Osservatore Romano*. Città del Vaticano. Año LXXXVIII. N.º 66 (21-22 mar, 1938); p. 1.

Blas de Lezo: el «medio hombre»

Un hombre reducido a la mitad de sus movimientos naturales dejó para la Historia una lección inolvidable, derrotando a la «invencible» armada inglesa en Cartagena de Indias.

(CC by-sa 4.0)

Gabriel Borges Bonfim Silva



El mar Mediterráneo asistía sereno a la aproximación de una tempestad más. Rayaba el día 24 de agosto de 1704 y cerca de las costas de Gibraltar, al sur de la península Ibérica, dos imponentes Armadas se daban cita. De un lado, ingleses y holandeses, una formidable flota «compuesta por sesenta navíos de línea, varias fragatas, con un total de 3600 cañones y casi 23 000 hombres».¹ Del otro, saliendo hacia la conquista del estrecho, franceses y españoles unían sus banderas bajo las órdenes de Luis Alejandro de Borbón, conde de Toulouse e hijo de Luis XIV, y luchaban en nombre de su majestad Felipe V, nieto del Rey Sol recién asentado en el trono de España. Era el inicio de la Guerra de Sucesión.

Las fuerzas estaban equiparadas. En torno a las diez de la mañana las últimas órdenes sonaron, los barcos maniobraron y se dispusieron, de ambos lados, en tres bloques, a fin de cercenar al enemigo.

En la nao capitana franco-española, un joven oficial de 15 años pasaba revista a una línea de cañones. Un sudor frío caía por su frente, pero con

paso firme, semblante circunspecto y voz definida inspiraba respeto y mantenía su autoridad, reprimiendo en su interior un miedo rebelde. El silencio agudo que antecede a las grandes calamidades anunciaba los postreros segundos antes de la deflagración general y le oprimía el corazón. Emociones del bautismo de fuego; era su primera batalla.

A lo lejos se oyó el estrépito sordo y grave de los primeros cañonazos. Enseguida, llamas, temblores, humo, destrozados. Silbaban las balas, saltaban las paredes y, con ellas, los hombres. Con dificultad se escuchó la voz de mando: «¡Fuego!».

El joven oficial, ¿dónde estaba? Una inclemente bola de plomo le había llevado mitad de su pierna izquierda. Deprisa fue encaminado hasta el «quirófano» —eufemismo para designar la terrible y mal iluminada mesa de amputaciones que, bajo el nivel del mar, acogía a los heridos en batalla. Se deslizaba en sangre. Toda la pericia del cirujano se medía en cronómetro, pues cuanto más tardara, mayor sería el peligro de que el paciente no resistiera la hemorragia o contrajera alguna infección.

Pusieron al joven sobre la mesa de operaciones: le hicieron tragar una buena «dosis» de aguardiente y, a continuación, le colocaron una cinta de cuero entre los dientes, todo a modo de anestesia.

La operación comenzó por extraerle los últimos trozos de carne que aún colgaban de su rodilla. Después, con una sierra, se le cortó la tibia y el peroné. Finalmente, el muñón fue sumergido en brea hirviendo para detener el sangrado. Todo esto en menos de un minuto.

El muchacho soportó tales horrores con una bravura ejemplar, cuyo eco llegó a oídos de Luis XIV. Admirado, éste le concedió el título de Alférez de Bajel de Alto Bordo, al que Felipe V le acrecentó otras mercedes.

Este pequeño héroe oriundo de una modesta aristocracia de la localidad guipuzcoana de Pasajes de San Pedro, al norte de España, se llamaba Blas de Lezo y Olavarrieta.

La vida en el mar

¿Cómo reaccionaría un joven de 15 años tras semejante desventura? Sin duda, sufriría un trauma irreversible y abandonaría la carrera que ni

siquiera había tenido oportunidad de empezar.

Pero no estamos en el siglo XXI. Blas de Lezo contemplaría aún muchas aventuras más. Si su vida se remontara a los tiempos medievales, el hombre moderno la contaría entre las leyendas; no obstante, como nació en febrero de 1689,² podemos nombrarlo entre los héroes y narrar aquí, con precisión, su fascinante historia.

Blas aprendió a moverse con agilidad sobre una muy incómoda pierna de madera, que enseguida le valió el mote de «*anka motz*», en lengua vasca, es decir, el «pata palo».³ Bien adiestrado en andar e incluso en cabalgar, lo admitieron de nuevo a bordo.

Su nombre reaparece en la Historia en una misión de defensa de la ciudad de Peñíscola, donde participó del incendio de un barco inglés de 60 cañones. En agosto de 1705 fue convocado al auxilio que la marina franco-española prestaría a la ciudad de Barcelona, asediada por los opositores de Felipe V. En esta ocasión comandaría una pequeña embarcación, rodeada por navíos ingleses. El osado oficial ordenó que se usaran «balas rojas», bolas de plomo incandescentes. Incendió un barco enemigo y escapó del cerco en medio de nubes de humo.

Sediento de proezas por encima del mero deber, don Blas de Lezo fue destinado como teniente de fragata, con tan sólo 18 años, a la defensa del Castillo de Santa Catalina, en Tolón, desde el cual avistó una poderosa flota inglesa que se aproximaba. Parecía que la Providencia ponía a prueba la valentía del joven cojo, que esta vez tuvo la desdicha de perder el ojo izquierdo. Pero también sobrevivió a tan peligrosa lesión, que podría haberle costado la vida.

¿Habría desistido de una carrera expuesta a tantos riesgos... —diría alguien quizá— «innecesarios»? No. En 1714 estaba al frente del na-



Aquel «medio hombre» no se consideraba malogrado lo suficiente para que su conciencia lo dispensara del deber y de la aventura

Arriba, Blas de Lezo - Museo Naval de Madrid. En la página anterior, Combate de una fragata española contra la nao británica Stanhope, por Ángel Cortellini Sánchez - Museo Naval de Madrid

vío *Nuestra Señora de Begoña*, también conocido como *Campanela*, de 70 cañones, con el cual participó en las operaciones de bombardeo de la ciudad de Barcelona, durante la guerra de sucesión que asolaba España. En uno de los embates, Blas perdió definitivamente el movimiento del antebrazo derecho, sus huesos y tendones quedaron destrozados.

Aquel «medio hombre», perseguido y tantas veces acariciado por la muerte, no se consideraba malogrado lo suficiente para que su conciencia lo dispensara del deber y de la aventura.

El 3 de febrero de 1737 zarpó hacia una nueva misión, al mando de un convoy con dos navíos principales: *Conquistador* y *Fuerte*. Su destino: América. Por segunda vez Blas

de Lezo cruzaba el Atlántico. Estos viajes no eran nada fáciles, pero proporcionaban en aquella época grandes periodos de silencio y reflexión. En ese enorme y armonioso claustro llamado mar, ¡cuántas premoniciones no deben haber asaltado al desaparegado capitán! El mayor desafío de su vida le esperaba al otro lado del océano.

Cartagena de Indias

El día 11 de marzo Blas pisó tierra firme. Abarcó enseguida, de una sola mirada, la formidable bahía de Cartagena y el lastimoso estado de sus fortificaciones. No había tiempo que perder. La ciudad, puerto «llave» de la colonización española en América Latina, había sido blanco de ataques y amenazas de todo tipo.⁴ Y las previsiones para el futuro no eran nada alentadoras. Un espía español, conocido por el apodo de *El paisano*, había obtenido en Jamaica informaciones muy seguras y precisas de que los ingleses pretendían colapsar el comercio y dominio español, cuyo objetivo principal era precisamente Cartagena de Indias.

Levantando el ánimo de una guarnición indolente, Blas reforzó la defensa de la ciudad. Participaba en los trabajos de construcción «no como corresponde a un general, sino como el último de los grumetes»,⁵ dando a todos ejemplo y estímulo.

Los planes de reparación y ampliación del general de la armada iban bien encaminados cuando se anunció que estaba próxima la llegada del virrey de Nueva Granada, don Sebastián de Eslava y Lasaga. Militar instruido y experimentado, muy celoso de su gran reputación ante la corte, parecía casi la antítesis de Blas de Lezo, que malamente pudo ocultar su decepción al oír sus primeras palabras. Lo veía quejarse del viaje y llorar sus penas, mientras una tripulación asombrada descargaba el barco en silencio. Ciento cincuenta cuerpos



Con más de ciento setenta barcos y treinta mil hombres, la armada inglesa se aproximó a Cartagena de Indias y Vernon dio orden de abrir fuego contra las murallas

Retrato de Edward Vernon, por Thomas Gainsborough - National Portrait Gallery, Londres

habían sido lanzados al mar durante el trayecto, víctimas del hambre o del escorbuto.

Un viaje terrible. Pero un marino como Blas —para el que el hambre, el escorbuto o el fuego enemigo no eran una novedad, y las privaciones de largos viajes no significaban otra cosa que los deberes de su oficio— no podía empatizar con un comandante que asumía su posición entre lloriqueos y lamentos...

Pese a ello, Blas se adelantó y le informó a Eslava del estado de las defensas de Cartagena y, sobre todo, le

transmitió las últimas noticias acerca del avance inglés. No obstante, el virrey le restó importancia a esto último y le manifestó su idea de que el objetivo más probable sería La Habana y no Cartagena...

Hasta el final, Eslava sería de la escuela de los optimistas. Con respecto del trabajo realizado por Blas de Lezo no hizo más que destacar deficiencias —bien observadas, por cierto— con una sonrisa amigable.

Primeras amenazas

El día 13 de marzo de 1740 despuntó en el horizonte una pequeña escuadra inglesa, la cual abrió fuego para tentar a los defensores a salir de sus posiciones y mostrar sus fuerzas. Pero Edward Vernon, vicealmirante de la flota, sabía que aún no era el momento oportuno para el asalto. Estaba aguardando refuerzos y tan sólo quería hacer un reconocimiento de la ciudad. En esa espera, encargó a sus hombres otras misiones por los alrededores, para que el estruendo de pequeñas conquistas resonara aumentado en el Parlamento británico en honor de su nombre.

La flota inglesa regresó entonces a Jamaica para ultimar los preparativos, antes del ataque a Cartagena de Indias. Allí recibió un considerable refuerzo que arrojó «un total de 170 barcos y 30 000 hombres».⁶

Mientras tanto, continuaban los arreglos y reformas en las fortificaciones de Cartagena. Se levantaron baluartes de madera, se ampliaron las murallas y se verificó el estado de

la enorme cadena de hierro que impedía el ingreso en la bahía. Eslava, «aún sin estar plenamente convencido de la eventualidad del ataque inglés», llevaba a cabo lo que desde hacía años venía haciendo Blas de Lezo, «sin que por ello se le reconociese su trabajo».⁷

Los españoles, por su parte, no habían recibido más refuerzos. Solamente contaban con seis navíos de guerra, con 460 piezas de artillería.

Comienza el ataque inglés

La probable tempestad se convirtió en realidad: el 13 de marzo de 1741 las velas de casi 180 embarcaciones despuntaron en el horizonte.

La armada inglesa se aproximó y bordeó toda la costa hasta el sur de la ciudad. En este recorrido abrió fuego contra las murallas, destruyendo las baterías de *Chamba*, *San Felipe* y *Santiago*.

Blas de Lezo se encontraba en el Castillo de San Luis de Bocachica, importante construcción que defendía la entrada de la bahía al sur. De allí le pidió a Eslava 300 hombres. Éste, molesto, le envió 150, a quienes les ordenó al día siguiente que regresaran a la ciudad...

El día 20 de marzo ocurrió lo más temido: los ingleses iniciaron el desembarco para asaltar la fortaleza de San Luis, incomparablemente más vulnerable por tierra. Con una multitud de nativos de Jamaica, cerca de 1000, empezaron la construcción de un primer campamento y de una batería.



Mientras proseguían la avanzada terrestre, Vernon le ordenó a la armada que bombardeara la fortaleza. Fueron repelidos muchas veces por la artillería de las murallas y de la batería de San José que, desde el otro lado del canal llamado Bocachica, también abría fuego. En un solo día esta última quedó inutilizada por completo. No obstante, cuál no sería la sorpresa de los invasores cuando, en la jornada siguiente, la batería abrió fuego nuevamente, pues había sido reconstruida durante la noche bajo las órdenes del incansable Blas de Lezo icon tierra y restos de navíos!

A las siete y cuarto de la mañana del día 2 de abril de 1741 los españoles se llevaron una gran sorpresa. Los árboles en la dirección de Tierra Bomba habían desaparecido en un instante, desvelándose la espantosa escena de veinte cañones de cuatro libras y cuarenta morteros. Blas, semanas antes, le había insistido a Eslava que cortara todos los árboles de la isla, al objeto de evitar esa clase de emboscada... Aun así, como en otras muchas ocasiones, no fue escuchado.

Entonces Eslava convocó un consejo de guerra en la nao capitana *Galicia*. Durante el caluroso debate entre los oficiales, una bala de cañón entró en el camarote y destrozó la mesa sobre la que estaban trabajando, cuyas astillas se desperdigaron por todas partes, hiriendo levemente a Eslava; pero Blas de Lezo reunió algunas «condecoraciones» más a su cuerpo ya tan honrado por el fuego enemigo.

En su diario, en el cual hace poquísimas menciones de sus hazañas y es aún más lacónico sobre sus dolores, tan sólo anotó: «A las nueve de la mañana fui herido en un muslo y en una mano».⁸ Se negó a ser evacuado y continuó discutiendo con Carlos Desnaux sobre la mejor manera de abandonar la posición en San Luis.

En poco tiempo los ingleses conquistaron la entrada de la bahía, llegando hasta la última línea de defensa de los españoles. Estos iban abandonando y destruyendo fortalezas que, según la opinión de Eslava, serían posiciones insustentables. Blas, no sin razón, se indignaba, pues quería venderle cara al enemigo cada posición que fuera necesario dejar.

Para colmo de los altercados entre los dos comandantes, Eslava ordenó hundir los últimos dos navíos que les quedaban, para obstaculizarles el paso a los ingleses, lo que no tuvo utilidad alguna. Sin embargo, incluso anticipándose a estos desastres y, a veces, dejando escapar algunos zarpaos de su ira contenida, Blas siempre mantuvo intacta su obediencia a la autoridad legítimamente constituida.

Inesperada victoria

En ese ínterin, Vernon ya estaba cantando victoria. Envío a Inglaterra a la fragata *Spence*, al mando del capitán Lowes, con la noticia de la inminente toma de Cartagena. Allí «inminente» se tradujo por «indiscutible». Se dispararon salvas desde la Torre de Londres, repicaron las campanas y se llegó a distribuir monedas conmemorativas,



(CC by-sa 4.0)

Sebastián de Eslava parecía la antítesis de Blas de Lezo. Conquistada la victoria, se puso a denegrir la imagen del general de la armada ante el rey español

Retrato de Sebastián de Eslava - Palacio Guendulain, Pamplona (España)

en las que Blas de Lezo —con las dos piernas...— figuraba arrodillado ante el comandante británico y con la inscripción: «El orgullo español humillado por el almirante Vernon».

El 20 de abril de 1741, no obstante, se dio un misterioso episodio que decretó el fin de la invasión inglesa.

Vernon se decidió por la toma del Castillo de San Felipe de Barajas, a pesar de las reticencias del general de infantería, Thomas Wentworth, quien veía inviable tal empresa. En el silencio de la noche, dos grupos avanzaron por el bosque cerrado:



Cañones del Castillo de San Felipe de Barajas, Cartagena de Indias (Colombia)

uno tenía como objetivo alcanzar el castillo por el norte; el otro, por el sur. Pero el resultado fue desastroso. El guía de una de las guarniciones, un español desertor, les hizo girar durante toda la noche por el bosque. Cuando llegaron a los pies de la fortaleza ya era de día y el efecto sorpresa se perdió. De todas formas, siguieron con la operación. Pusieron las escaleras en las posiciones más estratégicas, pero constataron enseguida que éstas no tenían la altura suficiente, porque Blas de Lezo había mandado cavar un foso en torno de la muralla.

El hecho, casi anecdótico, le costó a la tropa su derrota que, desparvorida ante el fuego enemigo, dejó atrás munición, armas, hombres y las escaleras... Los españoles siquiera esperaron órdenes y saltaron en persecución de la infantería a bayoneta calada.

Después de este vergonzoso fracaso, Vernon no tuvo otra elección que la de reunir a sus oficiales en consejo en



(CC by-sa 3.0)

Vernon ya cantaba victoria y, en Inglaterra, se llegó a acuñar monedas conmemorativas, en las cuales Blas de Lezo figuraba arrodillado ante el comandante británico

Monedas conmemorativas distribuidas en Inglaterra - Museum Rotterdam (Países Bajos)

la *Princess Carolina*, despotricar contra la incompetencia de Wentworth, culpar al Gobierno por no haberle enviado los refuerzos anhelados y dar orden de batirse en retirada.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo, de un momento para otro, pasó la vic-

toria de los atacantes para los defensores?

La verdad es que el ejército inglés estaba en una auténtica calamidad. En las bodegas de sus barcos, transformados en «hospitales», sin médicos ni adecuadas condiciones sanitarias, los hombres se aglutinaban, compartiendo infecciones y gusanos. Mucho antes que Vernon, las tropas exhaustas se habían convencido de que Cartagena costaría más de lo esperado.

Los ingleses se retiraron paulatinamente, inutilizándolo todo por el camino y manteniendo el fuego contra el enemigo para que no fueran perseguidos. La maniobra duró una semana y sirvió, en parte, para no dejar a los hombres ociosos y desmoralizados.

Blas constató la victoria y, con la sencillez de quien no mira hacia sus propios méritos y nada le puede sorprender ya en esta vida, solamente menciona en su diario que los enemigos daban indicios de retirarse.⁹



Reproducción

Mucho antes que Vernon, las exhaustas tropas inglesas ya se habían convencido de que Cartagena costaría más de lo esperado

Naos británicas en Cartagena de Indias, por Isaac Basire - Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá

El héroe anónimo

Las velas enemigas desaparecieron en el horizonte y, finalmente, Cartagena tuvo tiempo para contemplar el precio de la victoria en sus ruinas aún calientes.

El heroísmo refulgente de Blas de Lezo sería prontamente reconocido por sus más allegados. Tantos servicios prestados a su patria, a su rey y —por qué no decirlo— a su religión no podían caer en el olvido.

Sin embargo, el eco natural de su honor fue acallado. El primero que escribió sobre la victoria a la corte española fue el obispo de Cartagena, Mons. Gregorio de Molleda. Contrariando su misión de pastor, defensor y proclamador de la verdad, este clérigo se manchó con la culpa de una poco velada difamación. En su precipitado relato de la defensa de Cartagena de Indias, todas las alabanzas fueron hechas a la afamada figura del virrey Sebastián de Eslava, que, a pesar de las escandalosas rebeliones de un tal Blas de Lezo, obtuvo un éxito brillante...

A continuación, el propio Eslava pintó su versión de la historia, en la cual Blas adquirió tintes de criminal: «Que se le castigue por su comportamiento»,¹⁰ le escribió al rey.

Mientras un vendaval de acusaciones llegaba hasta la corona española y la mayor parte de la opinión pública aplaudía a Sebastián de Eslava, en gloriosa ascensión de elogios y honores, ¿qué hacía el almirante de la armada, don Blas de Lezo y Olavarrie-



Cuando las apariencias físicas muestran a un hombre reducido a la mitad de sus capacidades naturales, detrás puede haber un gigante, un héroe, un vencedor

Blas de Lezo, por Salvador Amaya
Plaza de Colón, Madrid

ta? Enfermo, olvidado y sufriendo los efectos de la guerra, vivía sus postremos días en un lecho del cual ya no se levantaría. Dedicó sus últimas fuerzas a escribir su versión de los hechos¹¹ y, así, salvaguardar el honor de cuarenta años de servicios prestados en la punta de la lanza de la dedicación y del heroísmo y obtener un digno descanso a la familia que dejaba.

Blas enfrentó su última batalla, la agonía, a las ocho de la mañana del 7 de septiembre de 1741. Su cuerpo, mutilado por el fuego enemigo, fue enterrado; su fama continuó perseguida por la calumnia, y su honor, intacto, permaneció sepultado con él en los alrededores de Cartagena de Indias. Ni siquiera el lugar de su tumba es conocido.

Si bien que en la actualidad no faltan los que se ponen a campo para hacer justicia a la gloria del Almirante Mediohombre. Sus compatriotas de hoy, inconformes con el silencio de sus contemporáneos, reconocen figura tan insigne y lo alaban como uno de los más grandes héroes de la gesta española.

Su última aventura puede enseñarnos muchas cosas. La Historia es obstinada y tiende a repetirse. Cuales nuevos Goliat, grandes potencias se levantan, se juzgan invencibles, se proclaman omnipotentes. Se ríen de los ungidos del Señor, pero por ellos son derrotados en un golpe inesperado y fulminante.

Entonces se tienen que meter en el bolsillo sus propias monedas, acuñadas por los que cantaron victoria antes de tiempo...

Y es que, incluso cuando las apariencias físicas muestran únicamente a un hombre reducido a la mitad de sus capacidades naturales, detrás de las exterioridades puede haber un gigante, un héroe, un vencedor, en el cual las virtudes y el amor a un ideal crecieron hasta el punto de no caber ni en un hombre entero. ✧

¹ SARAVIA, Gonzalo M. Quintero. *Don Blas de Lezo. Biografía de un marino español del siglo XVIII*. 3.ª ed. Madrid: EDAF, 2016, p. 46.

² Cf. Ídem, p. 27.

³ Ídem, p. 160.

⁴ Cf. VICTORIA, Pablo. *El día que España derrotó a Inglaterra*. 3.ª ed. Barcelona: Áltera, 2008, p. 41.

⁵ SARAVIA, op. cit., p. 160.

⁶ Ídem, p. 204.

⁷ Ídem, p. 206.

⁸ Ídem, p. 222.

⁹ Cf. Ídem, p. 248.

¹⁰ Ídem, p. 257.

¹¹ Cf. CRESPO-FRANCÉS, José Antonio. *Blas de Lezo y la defensa heroica de Cartagena de Indias*. 4.ª ed. Madrid: Editorial ACTAS, 2016, p. 191.



«Zelo zelatus sum»

A medida que el Dr. Plinio profundizaba en los diversos aspectos de la historia y del carisma carmelitas, veía confirmarse el acierto de la inspiración sobrenatural que lo había llevado a formular la promesa de ingresar en la Orden.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

«**T**oda mi vida sentí una extraordinaria afinidad con la Orden del Carmen y quise pertenecer a ella, movido en gran medida por lo que tiene de profético, porque es la Orden profética por excelencia», afirmaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira.

A partir del encanto nacido en los primeros pasos de su militancia católica —durante una procesión de terciarios carmelitas— y de la promesa que le siguió de ingresar algún día en la Orden del Carmen hubo distintos factores que concurrieron a aumentar dicho anhelo: «Empecé a leer a los grandes santos carmelitas: Santa Teresa de Ávila, Santa Teresita del Niño Jesús, algo de San Juan de la Cruz y de otros, y esto me impresionó muchísimo. Más aún cuando leí que el profeta Elías había sido el fundador de la Orden del Carmen y, con la visión de la nubecita, el primero en tener la revelación acerca de la Virgen que vendría. Todo eso me dio muchos deseos de ser carmelita».

Al igual que todos los episodios relevantes de su vida, ése fue preparado por varias circunstancias provi-

denciales. Entre ellas la de comenzar a ejercer como abogado para la Provincia Carmelita Fluminense, iniciando así una relación que trascendería mucho el mero trato profesional, pues el Dr. Plinio pronto entabló una gran amistad con el padre provincial y otros frailes carmeli-

«Toda mi vida sentí una extraordinaria afinidad con la Orden del Carmen, porque es la Orden profética por excelencia»

tas. Eran todos holandeses; y cuando iban a visitarlo al despacho el tema predilecto de sus conversaciones era, evidentemente, su nación de origen.

Un día, sin embargo, el Dr. Plinio les preguntó la posibilidad de ser admitido en la Orden del Carmen.

Terciario de la venerable Orden del Carmen

En aquella época, los Carmelitas Calzados todavía no habían fundado la Tercera Orden en el convento situado en la calle Martiniano de Carvalho, de São Paulo. Pero tan pronto como esto sucedió, el Dr. Plinio pidió su admisión, junto con el grupo de sus discípulos, tomando el nombre de Hno. Isaías de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Explicaba que había escogido esa advocación de la Virgen Santísima para que en medio de las luchas en que se encontraba, según palabras suyas: «Me protegiese perpetuamente y me ayudase a cumplir con mi deber».

Habiendo formado un número suficiente y con inquietudes propias, el 2 de febrero de 1954, con el consentimiento del padre general de los Carmelitas, fray Kiliano Lynch, los hijos espirituales del Dr. Plinio se agruparon en una fraternidad, denominada Virgo Flos Carmeli, de la que él sería elegido primer prior. Allí entrarían con el paso de los años los nuevos discípulos que iban siendo reclutados para militar en las filas del Grupo.¹

A medida que el Dr. Plinio profundizaba en los diversos aspectos de la historia y del carisma carmelitas y constataba la íntima conexión de éstos con su misión, veía confirmarse el acierto de la inspiración sobrenatural que lo había llevado a formular la promesa de ingresar en la Orden, realizada dos décadas antes.

En virtud del connubio sobrenatural que estableciera con la Santa Iglesia en su más tierna infancia, el Dr. Plinio apreciaba en su justo valor el inmenso fruto espiritual que resultaba para su obra la vinculación jurídica efectiva de sus miembros con una familia de almas tan privilegiada por María Santísima:

«Nuestra pertenencia a la Tercera Orden del Carmen es un complemento y un elemento integrante natural, adecuado bajo todos los puntos de vista y con razones profundas, de nuestra pertenencia al Grupo. Ambas cosas forman un todo y una unión. En este sentido, debemos tener en la más alta consideración no sólo nuestros deberes de carmelitas, sino nuestras buenas ventajas como tales. El hecho de que esto establezca un vínculo jurídico entre Nuestra Señora y nosotros, que Ella misericordiosamente ha querido afianzar, nos da títulos para que seamos hijos y esclavos suyos por una razón muy especial y, por lo tanto, para pedirle todo lo que queramos, con particular confianza».

Celo encendido por el Señor, Dios de los ejércitos

En las primeras ceremonias en las que pudo figurar como miembro de la Tercera Orden, el Dr. Plinio ya veía relucir ante sí el fulgor de la personalidad de San Elías, lo que muestra la profunda sintonía de su alma con la esencia más pura y auténtica del ideal carmelita.

Antes de la Misa dominical, los terciarios formaban un cortejo que recorría las naves laterales de la ba-



El Dr. Plinio vestido con el hábito de la Tercera Orden del Carmen, en la década de 1950. En la página anterior, el profeta Elías - Basílica de Nuestra Señora del Carmen, São Paulo

sílica del Carmen para, finalmente, tomar asiento en los bancos delanteros y participar desde allí en el San-

*«El hombre que
se volviera celoso
por el Señor, Dios
de los ejércitos,
cumpliría las
exigencias del
amor de Dios»*

to Sacrificio. Conforme avanzaba la procesión, la mirada del Dr. Plinio cayó sobre una pintura mural que representaba el episodio en el que San Elías, después de haber pasado la noche en una cueva, es visitado por Dios, que le pregunta: «¿Qué

haces aquí, Elías?» (1 Re 19, 9). En aquel mural estaba escrita, en latín, la respuesta del profeta: «*Zelo zelatus sum pro Domino, Deo exercituum*»² (1 Re 19, 10).

Cuando leyó esa frase, que es el lema de la Orden del Carmen, pero que aún no conocía, sintió una profunda conmoción, según contó: «¡Un celo encendido y extraordinario! Tuve una experiencia que me subió enteramente el entusiasmo y la alegría, y a la vez también la seguridad de que esas palabras del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento eran un elogio de cómo debería ser uno; y de que el hombre que se volviera celoso, pero con un celo fogoso, por aquel que es el Señor, Dios de los ejércitos, sería extraordinario y cumpliría las exigencias del amor de Dios. Eso es exactamente lo que me gustaría que se pudiera decir de mí. *Zelo zelatus sum*, aunque por Dios, sobre todo, en cuanto Dios de los ejércitos. Es decir, Dios en el combate, Dios en la militancia, Dios en la lucha».

Admirando a la estirpe eliática

El embeleso del Dr. Plinio con la vocación eliática no se detuvo ahí. En su época, el Tesbita era el único profeta que quedaba, pues los demás habían sido asesinados por Ajab y Jezabel o se habían vendido a la secta de Baal. Sin embargo, Dios no había abandonado al pueblo elegido, porque Elías encarnaba la fidelidad de todo Israel. Y, durante los siglos venideros, representará en la Santa Iglesia el celo por la integridad y la verdad. Todos los justos elogios que las Escrituras hacen sobre él están pesados, contados y medidos, si bien que, en este contexto, hay uno en particular que llama la atención: «¡Dichosos los que te vieron y gozaron de tu amistad!» (Eclo 48, 11).

De entre estos escogidos destaca Eliseo, quien, cuando el profeta fue arrebatado en un carro de fuego, recibió dos partes de su espíri-

tu (cf. 2 Re 2, 9-11; Eclo 48, 12).
¿No significa esto que existe un espíritu de Elías que se transmite?

Es lo que más adelante se observa cuando el mismo género de gracias configuraría la mentalidad y la misión de San Juan Bautista (cf. Mt 11, 14; Lc 1, 17) y de tantos otros santos: «Elías aparece como el primer devoto de Nuestra Señora y como aquel que deberá intervenir en sus batallas decisivas en la lucha contra el Anticristo. Es su gran devoto. Él, portador de una gracia y de un espíritu especiales, está a la cabeza de una serie de lumbres de la devoción mariana. Es el iniciador de una gracia mariana, que es un preanuncio de la gracia del advenimiento del Verbo. [...]

Después, pasando por otros, vemos que el crecimiento de la mariología y de la devoción a Nuestra Señora en la Iglesia alcanza su máximo exponente en San Luis María Grignon de Montfort».

Esto llevaba al Dr. Plinio a plantear la hipótesis de que San Elías inicia una corriente de profetas a lo largo de la Historia, íntimamente unida a la familia espiritual carmelita, a la que denominaba «filón elíptico». Su origen y sustentación se encuentran en la mentalidad, en el espíritu, en la forma de ser, en la paciencia, en la humildad y en el celo por la causa de Dios del «padre y guía del Carmelo».

Por eso cuando el Dr. Plinio hablaba de él lo hacía desde el fondo del alma, admirándolo como fundador de esta escuela de vida espiritual: «En un terreno nebuloso en el que tenemos pocos, pero muy importantes datos históricos, todo sugiere una gran concatenación, un gran filón de almas que se tocaron unas a



San Elías es arrebatado en un carro de fuego ante Eliseo
Carmelo de San José, Mayerling (Austria)

Dentro de la trama de la Historia era necesario que Dios suscitase una continuidad entre los que mantendrían a lo largo de los tiempos la ortodoxia

otras. [...] Percibimos que esto forma una inmensa veta que, vista en su conjunto, termina presentándonos como una unidad de hombres que se tocaron unos a otros, al menos con la punta del dedo».

Dentro de la trama de la Historia era necesario que Dios suscitase una continuidad entre los que mantendrían a lo largo de los tiempos la ortodoxia y la observancia de la Ley, no por esfuerzo propio, sino gracias a una fidelidad infundida por Él. En

este sentido, la entrada del Dr. Plinio en la Tercera Orden del Carmén, ¿no habrá sido permitida por la Providencia como un modo de favorecer su relación mística y la de su obra con el profeta por excelencia y su plena identificación con el espíritu elíptico? ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira.
Città del Vaticano-Lima:
LEV; Heraldos del Evangelio,
2016, v. III, pp. 304-317.

¹ Cuando a principios de la década de 1930 el Dr. Plinio constituyó un incipiente conjunto de discípulos se forjó en los medios católicos la expresión *Grupo de Plinio*. De tal forma arraigó en los ambientes internos que, décadas más tarde, la palabra *Grupo* seguía siendo usada para designar al conjunto de su obra.

² Del latín: «Ardo en celo por el Señor, Dios de los ejércitos».



Un gran país por la fe

La misión de Brasil consiste en iluminar amorosamente al mundo con el «lumen Christi» que la Iglesia irradia. Bienaventurado este pueblo sobrio y desapegado, porque de él es Reino de los Cielos.

Plinio Corrêa de Oliveira



Tal vez no sería osado afirmar que Dios ha colocado a los pueblos de su elección en panoramas apropiados a la realización de los grandes destinos a los que son llamados. Y no hay quien al viajar por Brasil no experimente la confusa impresión de que Dios destinó para escenario de grandes hazañas a este país cuyas trágicas montañas y misteriosos peñascales parecen que invitan al hombre a los supremos arroyos del heroísmo cristiano, cuyas verdes llanuras aparentan inspirar el surgimiento de nuevas escuelas artísticas y literarias, de nuevas formas y tipos de bellezas, y en el margen de cuyo litoral los mares parecen cantar la gloria futura de uno de los más grandes pueblos de la tierra. [...]

Y hoy, cuando Brasil emerge de su adolescencia a la madurez y se tambalea en las manos de la vieja Europa el cetro de la cultura cristiana, que el totalitarismo querría destruir, a los ojos de todos se hace patente que los países católicos de América son en realidad el enorme granero de la Iglesia y de la civilización, el terreno fecundo donde podrán reflorcer con un brillo aún mayor que nunca las plantas que la barbarie está arrasando en el Viejo Mundo. América entera es una constelación de pueblos herma-

nos. En esta constelación, inútil es decir que las dimensiones materiales de Brasil no son una figura de magnitud de su papel providencial. [...]

La misión providencial de Brasil consiste en crecer dentro de sus propias fronteras, en desplegar aquí los esplendores de una civilización genuinamente católica apostólica romana y en iluminar amorosamente todo el mundo con el haz de esa gran luz, que será verdaderamente el *lumen Christi* que la Iglesia irradia. Nuestra índole afable y hospitalaria, la pluralidad de razas que aquí viven en fraternal armonía, el concurso providencial de los inmigrantes que tan íntimamente se insirieron en la vida nacional y, ante todo, las normas del Santo Evangelio jamás harán de nuestros anhelos de grandeza un pretexto para jacobinismos tacaños, para racismos estultos, para imperialismos criminales. [...]

Brasil no será grande por la conquista, sino por la fe; no será rico tanto por el dinero como por la generosidad. [...]

Bienaventurado este pueblo sobrio y desapegado, pese al esplendor de su riqueza, porque de él es el Reino de los Cielos.

Bienaventurado este pueblo generoso y acogedor, que ama la paz más

que las riquezas, porque él posee la tierra.

Bienaventurado este pueblo de corazón sensible al amor y a los dolores del Hombre Dios, a los dolores y al amor de su prójimo, porque incluso en esto hallará consolación.

Bienaventurado este pueblo varonil y fuerte, intrépido y valiente, hambriento y sediento de las virtudes heroicas y totales, porque será saciado en su apetito de santidad y grandeza sobrenatural.

Bienaventurado este pueblo misericordioso, porque alcanzará misericordia.

Bienaventurado este pueblo casto y limpio de corazón, bienaventurada la inviolable pureza de sus familias cristianas, porque verá a Dios.

Bienaventurado este pueblo pacífico, de idealismo limpio de jacobinismos y racismos, porque será llamado hijo de Dios.

Bienaventurado este pueblo que lleva su amor a la Iglesia al punto de luchar y sufrir por ella, porque de él es el Reino de los Cielos. ✧

Extraído de: Saludo a las autoridades civiles y militares.

In: *Legionário*. São Paulo. Año XVI. N.º 525 (7 set., 1942); p. 2.



Un alma transformada por el amor

¿Qué vio ella en la mirada de Jesús? ¿Reproche? Sí, pero también una compasión inmensa. Y enseguida la vida de pecado se le volvió insoportable.



Víctor Andrei Prado

«**D**os amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial».¹

Al discurrir sobre los dos amores, San Agustín lo hacía con conocimiento de causa, porque había experimentado en sí el dinamismo de ambos. En su juventud había comprobado cómo el alma egoísta no busca otra cosa sino gloriarse, preñándose a los bienes corporales y llegando al extremo de despreciar a Dios. Tras su conversión, sin embargo, su meta pasó a ser la de adorar a Dios, honrarlo y apoyarse solamente en Él.

No obstante, siglos antes la Historia ya había contemplado otra alma que también conoció la lucha de los dos amores, de manera quizá aún más elocuente que el Obispo de Hipona: María Magdalena, discípula de Jesús.

A falta de documentos históricos que nos transmitan detalles de su vida, tejaremos algunas consideraciones sobre ella con base en las visiones

de la mística alemana Ana Catalina Emmerick,² beatificada por San Juan Pablo II en octubre de 2004.

En la infancia, elogios y mimos

Según las revelaciones recibidas por esta Beata, María pertenecía a una familia pudiente, propietaria de muchos terrenos de Judea. Uno de ellos se sitúa junto al Templo de Jerusalén, el sitio principal de peregrinación del pueblo judío y, en consecuencia, el lugar donde circulaba constantemente gran número de personas.

La pequeña María era muy hermosa y su madre la mimaba hasta el punto de exponerla en una ventana, sentada sobre cojines y revestida de bellos trajes, para que fuera mirada y elogiada por los transeúntes. Esto contribuyó a que el gusano de la vanidad se desarrollara en el alma de la niña, llevándola a entregarse al orgullo y a la autocontemplación desde temprana edad...

Otro factor influenció de manera determinante el rumbo de su vida: la muerte de sus padres cuando aún era

muy joven. Tras el reparto del patrimonio entre los herederos —Lázaro, Marta y otra hermana, cuyo nombre el Evangelio no menciona— le correspondió a ella un palacio en la aldea de Magdala, en Galilea. Hacia allí se dirigió con sus criados; tenía tan sólo 11 años. Sin un ideal que le indicara el norte en sus decisiones y poco aficionada a seguir los consejos de los que intentaban orientarla hacia el bien, María acabó hundiéndose en los peores vicios, buscando siempre atender los desvaríos de su amor propio.

Su encuentro con el Maestro

Mientras Magdalena desperdiciaba el tiempo y su fortuna en diversiones fútiles, sus hermanos Lázaro y Marta se acercaban cada vez más a Jesús. Como ambos poseían un espacioso palacio en Betania, próximo a Jerusalén, le ofrecieron hospedaje al Maestro cuando se dirigía a ser bautizado por Juan el Bautista. En esa ocasión fue cuando Marta habló por primera vez con Jesús respecto de María, manifestándole su preocupa-

ción. Nuestro Señor la animó a que se mantuviera firme en las oraciones por su hermana, fortaleciéndola en la esperanza de que se enderezaría.

Transcurrido cierto tiempo, Marta logró convencer a María a que fuera a conocer a Jesús, que por entonces se encontraba en Jezrael, en Galilea. Sin embargo, como el paso del divino Redentor por esa ciudad no duró más que unas horas, las hermanas no lograron verlo.

Poco después, nuevamente instada por Marta, la joven accedió y la acompañó a una localidad donde Jesús se había detenido con sus discípulos para predicarle al pueblo y realizar milagros. En determinado momento, María se asomó a la ventana de la casa donde se hospedaban para observar a los que transitaban y vio al Maestro que caminaba con los suyos. «Él la miró con aire serio mientras pasaba y su mirada penetró su alma».³

Con acierto comenta una autora contemporánea: «¿Qué había en aquellos ojos? ¿Reproche? Sí, reproche; pero también compasión, una compasión inmensa. La vida se le hizo insostenible». A partir de ese instante, «cada pecado grababa más hondo en su recuerdo aquella mirada».⁴

Pasó algún tiempo hasta que, ante la insistencia de su hermana, María acabó cediendo otra vez y se dirigió al lugar donde el Señor iría a predicar. «Interiormente estaba confusa y sometida a una lucha mental».⁵ ¡La gracia la estaba llamando! «Cuando Jesús apareció y empezó a hablar, sus ojos y su alma se centraron únicamente en Él».⁶ Oír las palabras del Señor y presenciar las curaciones que obraba ablandaron aquel duro corazón, que de ahí en adelante, sin saber exactamente por qué, buscaba aproximarse al Maestro.

«Sus muchos pecados han quedado perdonados»

La ocasión propicia surgió cuando un fariseo convidó a Jesús a un banquete en su casa (cf. Lc 7, 36-50). Conforme narra la vidente, María percibió que el Redentor no había recibido, ni antes ni durante la comida, gesto alguno de honra, ninguna atención respetuosa comúnmente dirigida a los invitados.⁷ Esto la llevó a tomar la actitud que refiere el evangelista: «Vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume» (Lc 7, 37-38).

María quiso exteriorizar su arrepentimiento y suplicar el perdón, pero no pudo hacerlo. Las palabras se ahogaban en las lágrimas. Sólo consiguió besar los pies de su Salvador y llorar, no sabía con seguridad si de amor o de dolor.

Con la mirada baja, oyó que el Señor le decía al fariseo: «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía

quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?» (Lc 7, 41-42).

¡Cómo deben de haber repercutido en el alma de la Magdalena esas palabras!

Ella entonces osa levantar la vista... y encuentra aquella mirada, que otrora la había reprendido, transformada en un océano de candor y bondad. Y, volviéndose a ella, Jesús le dice al fariseo: «¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. [...] Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho» (Lc 7, 44-45.47).

¡Oh, maravilla! Mientras María lavaba los pies del Salvador, su alma era purificada; a medida que los ungía con bálsamo, el agradable olor del perdón divino la inundaba por completo. Y el Señor confirma todo lo



Francisco Lecaros

María quiso exteriorizar su arrepentimiento y suplicar el perdón, pero las palabras se ahogaban en las lágrimas y sólo consiguió besar los pies de su Salvador

Jesús en la casa de Simón, el fariseo - Iglesia de San Quintín, Tournai (Bélgica).
En la página anterior, Santa María Magdalena - Casa Monte Carmelo, Caieiras (Brasil)

que ella sentía en su alma, diciéndole: «Han quedado perdonados tus pecados. [...] Tu fe te ha salvado, vete en paz» (Lc 7, 48.50).

La primera en anunciar la Resurrección

A partir de entonces, Magdalena «seguía a Jesús allá donde quiera que fuera, se sentaba a sus pies, permanecía cerca o lo esperaba en todos los lugares. Sólo pensaba en Él, sólo estaba Él ante sus ojos y sólo consideraba a su Redentor ante sus propios pecados».⁸ Ella lo acompañó hasta la hora suprema de su Pasión y Muerte: «Junto a la cruz de Jesús estaban su

madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena» (Jn 19, 25). Y después del «*consummatum est*» permaneció junto al cuerpo del Maestro hasta el momento de auxiliar a Nuestra Señora, con todo esmero y delicadeza, a embalsamarlo y sepultarlo, separándose del sepulcro nada más que a causa de los peligros de la noche.

Sin embargo, abrasada de amor por el Señor, María Magdalena no podía contener su deseo de estar junto a su sagrado cuerpo para embalsamarlo una vez más.⁹ Por eso al día siguiente del entierro, aún de madrugada (cf. Jn 20, 1), se dirigió a la tum-

ba. Pero cuál no fue su asombro al constatar que el cuerpo había sido «robado»... Era la consumación de la separación, que llevaba consigo un exceso de dolor.

El P. Antonio Vieira comenta al respecto, con su característica genialidad: «¿Es más grande el dolor de considerar a Cristo *robado* que el dolor de ver a Cristo *difunto*? Sí, porque el dolor de verlo, o no verlo, robado, era un dolor de ausencia: *Et hic dolor maior erat*. Fijaos: tan muerto estaba Cristo robado como difunto: pero difunto estaba menos ausente que robado, ya que aquí la muerte era media ausencia, le llevó el alma y le dejó el cuerpo. El robo era una ausencia total; le llevó el cuerpo después de haber sido llevada el alma. Y como el robo era la mayor ausencia del amado, por eso era mayor el dolor del amante».¹⁰

Tal era su ímpetu por encontrar el cuerpo que, incluso al ser interrogada por los ángeles, no se le ocurrió que pudieran ser espíritus celestiales los que hablaban con ella; lo único que desea saber es dónde está el Amado: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto» (Jn 20, 13). María nada teme y está dispuesta a pasar por encima de cualquier dificultad. Y lo demuestra en su respuesta a aquel que le pregunta: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?», sin haber reconocido que era el Maestro: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré» (Jn 20, 15).

Pero cuando Él la llama por su nombre —«¡María!» (Jn 20, 16)—, le asaltan a la memoria una serie de recuerdos, impresiones, gracias, encantos. ¿Cuánta nostalgia no tendría de oír ese «María»?

Tal era su intimidad con el Señor que su primer impulso fue arrojarse a sus pies y abrazarlos. Jesús



“Noli me tangere”, por Fra Angélico
Convento de San Marcos, Florencia (Italia)

no necesitaba mostrarle las manos y el costado, como hará a continuación con los discípulos, para probarles que no era un fantasma (cf. Lc 24, 37). «María ni se plantea la cuestión de que hubiera muerto y resucitado: era Él, el Maestro».¹¹

Al ver su robusta fe y sin querer quitarle el mérito,¹² el Redentor no le permite que lo toque, sino que la envía como el primer heraldo de la Resurrección: «Anda, ve a mis hermanos y díles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”» (Jn 20, 17).

«¡Levántate, amada mía, y ven!»

Después de la Resurrección, los evangelistas ya no mencionan a María Magdalena. No obstante, «una abundante tradición la lleva al desierto y hasta la hace arribar con la diáspora judía en las playas de Marsella».¹³ Según se narra, con motivo de las persecuciones que sobrevinieron en los años posteriores a la Ascensión del Señor, María Magdalena, junto con sus hermanos Marta y Lázaro, fueron metidos en un barco y dejados a la deri-

va en alta mar para que naufragaran y las aguas los sepultaran. Dios, sin embargo, dispuso que aportasen en Francia.¹⁴

Estando en Marsella, Santa María Magdalena predicó ardorosamente el nombre de Jesús. Tras haber convertido a muchos a la religión cristiana, no había nada que le atrajera en este mundo. Lejos de su amado, cualquier rincón de la tierra era para ella el exilio. ¿Cómo sanar esa nostalgia

al Padre (cf. Jn 20, 17). No obstante, ahora el problema era otro: Jesús ya estaba junto al Padre; era preciso que ella fuera a su encuentro.

Cuentan que los espíritus angélicos la llevaron hasta el obispo San Maximino, quien le dio la sagrada comunión. A continuación, habiéndose tumbado ante el altar, María Magdalena entregó su alma a Dios y entonces ya pudo estar junto a su Amado para siempre.¹⁶ ✧



Francisco Lecaros

Escenas de la vida de Santa María Magdalena - Catedral de Notre Dame, Coutances (Francia)

¹ SAN AGUSTÍN. De Civitate Dei. L. XIV, c. 28. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1958, v. XVII, p. 985.

² Cf. BEATA ANA CATALINA EMMERICK. *Maria Magdalena*. 2.ª ed. São Paulo: MIR, 2015.

³ Ídem, p. 17.

⁴ LUCA DE TENA Y DE BRUNET, María Luisa. Santa María Magdalena. In: ECHEVERRÍA, Lamberto de;

LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2005, v. VII, p. 589.

⁵ BEATA ANA CATALINA EMMERICK, op. cit., pp. 31-32.

⁶ Ídem, p. 32.

⁷ Cf. Ídem, p. 37.

⁸ Ídem, p. 60.

⁹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Lo inédito sobre los*

Evangelios. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, v. I, p. 270.

¹⁰ VIEIRA, Antônio. *Obra Completa. Parenética*. Tomo II. São Paulo: Loyola, 2015, v. IV, p. 313.

¹¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilía en la Memoria de Santa María Magdalena*. Mairiporã, 22/7/2005.

¹² Cf. CLÁ DIAS, João Scognamiglio. *Lo inédito sobre los*

Evangelios. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, v. VII, p. 365.

¹³ LUCA DE TENA Y DE BRUNET, op. cit., p. 597.

¹⁴ Cf. DE VARAZZE, Jacopo. *Legenda áurea: vidas de Santos*. São Paulo: Companhia das Letras, 2003, p. 545.

¹⁵ Cf. Ídem, p. 549.

¹⁶ Cf. Ídem, pp. 550-551.

Consejos de los mayores gigantes de la tierra

Las secuoyas, las más «ancianas» de entre los árboles, hoy nos transmitirán preciosas enseñanzas que, si son bien observadas, nos serán de enorme provecho para nuestra vida espiritual.



Hna. Mariana de Oliveira, EP

Canta el salmista que «el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos» (Sal 18, 2). Esto quiere decir que a través de sus encantos el orden de la Creación refleja altísimas verdades y contiene valiosas enseñanzas. Se trata de auténticos «mensajes» que el divino Artífice, deseoso de entrar en contacto con nosotros, dejó en cada criatura, sea la aurora o la puesta de sol, el canto de los pájaros o las olas del mar... Así pues, Dios hizo de los elementos que componen la sinfonía de la naturaleza un medio para llevarnos hasta Él.

Con estas consideraciones en mente, fijemos nuestra atención en el reino vegetal. En esta ocasión, quienes nos enseñarán preciosas lecciones serán los más grandes y «ancianos» árboles de la tierra: las secuoyas.

¡Gigantes de la naturaleza!

Nativas de California, Estados Unidos, las secuoyas pertenecen al grupo de las coníferas. En la actualidad existen solamente dos especies: la *Sequoia sempervirens*, que puede sobrepasar los 100 metros de altu-

ra y vivir cerca de mil años, y la *Sequoiadendron giganteum*, conocida como secuoya gigante, cuya longevidad se prolonga hasta tres milenios y de la cual recientemente se encontró un ejemplar con la impresionante estatura de 105 metros.¹

Además de la vertiginosa dimensión vertical, el poderoso tronco de una secuoya puede llegar a medir 12 metros de diámetro. En el Sequoia National Park, de Estados Unidos, hay una tan gruesa que para contornearla se necesitan veinte hombres con los brazos abiertos... ¡Es uno de los más grandes y longevos vegetales de todo el planeta!

Estos árboles tardan centenares o incluso miles de años para alcanzar su madurez; sin embargo —salvo intervención humana para la extracción de madera—, no corren peligro de verse detenidos en ese proceso, porque sus hojas no son comestibles ni medicinales y su corteza, con cerca de 30 centímetros de grosor, muestra especial resistencia al fuego, a los hongos y a los insectos.²

Existe un único factor que puede ser letal para la secuoya: iestar separada de sus «hermanas»! Curiosa-

Secuoya gigante «Sentinel», Giant Forest
Sequoia National Park (EE. UU.)

mente, el lugar donde Dios la plantó es bastante pedregoso y no permite que eche raíces muy profundas... Por ese motivo, las gigantes del reino vegetal no encuentran su fuerza de sustentación en las profundidades de la tierra, como los demás árboles, sino en el «apoyo colateral»: crecen siempre cerca unas de las otras y entrelazan sus raíces, formando una especie de red bajo el suelo raso. Así, unidas, vinculadas e incluso entretejidas mutuamente, están listas para afrontar las inclemencias de la intemperie.

Otro aspecto interesante de este árbol es que, cuando alcanza la «vejez», el mejor medio de prolongar su vida se llama fuego. Los incendios forestales, comunes en su región nativa, le abren inmensas grietas. No obstante, para que esas llagas se curen ha de pasar mucho tiempo y le exige que multiplique sus energías... Al verse herido, siente la necesidad de «luchar» aún más, lo que le confiere vitalidad para otras centenas de años, al final de los cuales se encuentra rejuvenecido y robustecido. Por lo tanto, para las secuoyas la llegada de un incendio significa doscientos o trescientos años de existencia.

Ciertamente, si una de esas gigantes, durante los arduos años de esfuerzos por su recuperación, pudiera hablarnos, nos diría: «Estoy herida, ¡pero luchando! Y, precisamente por eso, isigo viviendo!».

Dos valiosas lecciones de vida

En la actualidad, las monumentales secuoyas nos enseñan preciosas lecciones para que seamos espiritualmente más robustos y duraderos que ellas.

La primera lección consiste en que nos compenetrems de que nunca alcanzaremos la plenitud de nuestra vocación cristiana solos. Podemos dar incluso algunos pasos sin el auxilio de nuestros hermanos en la fe... Sin embargo, ¿seremos capaces de, aislados, caminar con perseverancia y exactitud rumbo a la perfección cuando se haga de noche y nos asalte la prueba? ¿Lograremos mantenernos de pie ante los vendavales de las tentaciones y de las ilusiones del mundo?

Sabemos, por experiencia, que todo individualista está destinado a la esterilidad sobrenatural... El propio Jesucristo, Dios hecho hombre, quiso verse necesitado de una madre que lo amparara hasta el momento supremo del *consummatus est* y, aun siendo omnipotente, no fundó su Iglesia Él solo, sino que eligió a doce de sus discípulos. ¡Cuánto más nosotros, pobres mortales, nos hacemos falta unos a otros para alcanzar la santidad!

Hemos de ser ayudados en este caminar y, cuando nos robustezcamos, fortalecer también a los demás. ¿No fue ese, por ventura, el consejo que le dio Jesús a San Pedro: «Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32)?

La segunda lección que nos transmiten las secuoyas es que el sufrimiento puede renovarnos y purificarnos. A semejanza de los incendios de California, más pronto que tarde el dolor se presenta en nuestras vidas; no hay cómo escaparse. «*Militia est vitam hominis super terram*» (Job 7, 1), afirmaba el santo Job. No obstante, si el fuego de las tribulaciones abre grietas, también nos obliga a luchar y, como consecuencia, nos

hace más fuertes, más puros y santos, siempre que sepamos trascender las dificultades con los ojos de la fe.

Cuando constatemus las llagas dejadas por las pruebas, no perdamos tiempo con lloriqueos inconscientes. Batallamos con confianza en Dios. De esta manera, nos valdrán no sólo doscientos años de vida, sino las eternas alegrías de la visión beatífica.

Siempre unidos, ¡luchemos con entusiasmo!

Ante las adversidades armémonos, pues, de una nueva disposición de alma. Auxiliémonos mutuamente en los combates que se nos presentan, fortalezcámonos en la fe, amémonos los unos a los otros. Entonces las embestidas del enemigo infernal jamás serán capaces de arrancar nuestras raíces del corazón de la Santa Iglesia.

Enfrentemos con alegría y fortaleza las adversidades de la vida, recordemos siempre que es por amor que nuestro Padre celestial nos envía tormentas, para que nos convirtamos en guerreros de Cristo y merecedores del premio eterno. Las calamidades que Dios nos manda no son para castigarnos ni para nuestra perdición, sino más bien para que nos enmendemos (cf. Jdt 8, 27).

Fortalecidos y animados de este modo, y amparados por el auxilio de la Santísima Virgen, alcanzaremos nuestra plena estatura moral. ✧

¹Cf. DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO. São Paulo: Abril, 2006, v. XXI, p. 2387.

²Cf. NUEVA ENCICLOPEDIA BARSÁ. 6.ª ed. São Paulo: Barsa Planeta Internacional, 2002, v. XIII, p. 218.

Bosque de secuoyas gigantes
Cae Mountain (EE. UU.)

Amparo de los débiles y esperanza de los enfermos

Doña Lucilia ha socorrido a numerosas almas, llenándolas de esperanza en las enfermedades y tragedias y dándoles fuerzas para afrontar difíciles y dolorosas situaciones.



Elizabete Fátima Talarico Astorino

«**A**lgunas cosas, las explica la ciencia; otras, sólo Dios tiene la respuesta». Con estas palabras, Patricia de Fátima Espírito Santo Leite e Silva, de Laje do Muriaé (Brasil), concluye la narración de cómo su hijo venció sin derramar una sola lágrima sesenta y siete internamientos y setecientos cincuenta días de tratamiento hospitalario, en los cuales fue sometido a ciento diez sesiones de quimioterapia y ochenta exámenes de sangre.

No solamente sin verter lágrimas, sino con alegría y serenidad. Maravillada, Patricia saca sus propias conclusiones: «La única explicación es que la Virgen y Dña. Lucilia lo protegieron, como una buena madre protege a su hijo».

Diagnóstico de una enfermedad incurable

En gratitud por el constante auxilio recibido durante todo el tiempo de prueba de la familia, esa madre nos envía un relato de sus dolores, oraciones y alegrías, con la esperanza de que otras muchas personas afligidas puedan beneficiarse del maternal amparo de Dña. Lucilia.

Escribe: «En marzo de 2013, cuando tenía tan sólo dos años y ocho meses, a Pedro Artur le diagnosticaron neurofibromatosis, enfermedad incurable para la que ni siquiera había un tratamiento específico, y un tumor en el nervio óptico. Ante este cuadro, los médicos nos informaron que no podían hacer nada por la curación del niño. Por lo tanto, únicamente monitorizarían la enfermedad para seguir su evolución».

Ante la expectativa de encontrar una solución en otro lugar, Patricia y su esposo llevaron a su hijo a varios clínicos, pero siempre obtenían la

misma respuesta: «No hay nada que hacer». Así pues, constatada entonces la impotencia de los recursos humanos, decidieron apelar a los medios sobrenaturales.

«Nunca desistimos... El propio mes de marzo de 2013, inmediatamente después del primer diagnóstico, recurrimos al auxilio de Dña. Lucilia. El 22 de abril, día de su aniversario natalicio, mi esposo lo llevó al sitio donde descansan sus restos

Constatada la impotencia de los recursos humanos, la familia recurrió con confianza al auxilio de Dña. Lucilia

Pedro Artur con un cuadro de Dña. Lucilia



Reproducción

mortales, en el cementerio de la Consolación, de São Paulo. Allí rezó, pidiendo la gracia de una curación milagrosa».

La fe nuevamente contradicha por el parecer de los médicos

«En 2014 —prosigue el relato— Pedro Artur fue admitido en el Instituto Nacional del Cáncer (INCA), en Río de Janeiro, donde fue monitorizado durante cuatro años, sin recibir ningún tratamiento. Una resonancia magnética hecha a finales de 2017 reveló que el tumor del ojo había crecido y que había aparecido otro en el cerebro, en un área profunda y noble».

A la vista de tal agravamiento, Patricia llevó a su hijo a que lo evaluara un médico especialista, el cual, tras examinar todos los informes y exámenes, se limitó a decir lo siguiente:

—Señora, le recomiendo que Pedro Artur continúe siendo monitorizado en el INCA. No puedo hacer nada por él.

—¿No le puede indicar, al menos, algún tratamiento?

—Infelizmente, no. La quimioterapia le hará daño y no solucionará nada. La radioterapia podría causarle la ceguera en ambos ojos. Y una operación es muy arriesgada: puede acarrearle la pérdida de la visión y el tumor volverse más agresivo.

Una vez más, la fe de esos esposos católicos era contradicha por el protocolo médico, aun así no desistieron; sobre todo, nunca perdieron la confianza en el auxilio de Dña. Lucilia. Siguieron rezando.

«En marzo de 2018 Pedro Artur inició el tratamiento quimioterápico en el Hospital São José do Avai, en Itaperuna. Actualmente, no sólo ha superado una sesión de quimioterapia, ¡sino ciento diez! Desde marzo de 2013 recurrimos al auxilio de Dña. Lucilia a fin de obtener de Dios la curación milagrosa de nuestro pequeño gran guerrero. ¡Cuántas gra-



Pedro Artur en la cama del hospital

«Ocurrió lo que parecía imposible: Pedro Artur está bien, el tumor cerebral ha desaparecido y el del ojo ha disminuido considerablemente»

cias ya alcanzadas! Fe es creer en lo que no vemos y el premio es ver lo que creemos. Y hoy ocurrió lo que parecía imposible: Pedro Artur está bien, el tumor cerebral ha desaparecido y el del ojo ha disminuido considerablemente».

Confianza, alegría y serenidad en la tragedia

Impresionada por la constante protección de esta generosa señora, Patricia deja traslucir su gratitud no solamente por la curación, sino sobre todo por la gracia de que su hijo haya logrado superarlo todo con serenidad: «Derrochaba alegría y confianza cuando ingresaba cada semana en el hospital para vencer las sesiones de quimioterapia. Los días anteriores los pasaba preparándose para el internamiento; hacía esto con tanta alegría y placer que no parecía siquiera que fuera a un hospital. Durante el largo período de tra-

tamiento nunca manifestó sufrimiento, siempre mostraba una bella sonrisa en su rostro».

Y concluye esta madre ejemplar: «Muchos preguntan si Dios no estaba siendo injusto con nosotros al permitir tamaña prueba para un niño. ¡No! Dios no es injusto; si lo fuera, no sería Dios. Él es misericordia y su amor por nosotros es infinito. Nos compete a nosotros mantenernos perseverantes y confiados, sin que nunca perdamos la fe. Estoy segura de que este testimonio tocará corazones y transformará almas. Dña. Lucilia, ¡ayudadnos!».

«Dirigí mis súplicas simples y sinceras a ella, Dña. Lucilia»

Daniela Martucci —residente en Sant'Andrea del Garigliano, Italia— se enteró de los numerosos beneficios alcanzados por intercesión de Dña. Lucilia, relatados en la revista *Heraldos del Evangelio*. También estuvo investigando en internet «para comprender algo más sobre la vida de esta dulce señora». Entonces empezó a invocarla, segura de que sus oraciones serían escuchadas. Y nos cuenta su testimonio:

«No hay ni un artículo siquiera que no exprese palabras dulces y delicadas sobre la vida y el comportamiento de esta mujer, ¡tanto como para empujarme a invocarla en los momentos más difíciles de mi vida!

«El año pasado vino a fallecer mi querido padre, una persona espléndida, adorable, pilar de mi existencia. Antes de su partida me imaginaba lo difícil que sería mi vida sin él, hasta el punto de que, cuando me venía la idea de que un día nos dejaría, desvíe mis pensamientos hacia otra cosa, tan doloroso era para mí pensar que un día...

«Cuando apartaba el pensamiento hacia otros asuntos, dirigí mis súplicas simples y sinceras a ella, Dña. Lucilia, la señora mayor con su chal lila, y parecía que ella me animaba con su son-

risa, a tal punto que decidí tenerla como fondo de pantalla en mi teléfono móvil, al objeto de poder verla en cualquier momento».

«La veo, envuelta en su chal, sonriéndome y animándome»

Así, con su característica manera de actuar, Dña. Lucilia supo preparar a su más reciente devota para la aceptación de los sufrimientos que Dios le pediría:

«Lamentablemente ese día llegó. Mi padre se marchó dejando en mí, mi madre, mis hermanos y mis hijos un vacío infranqueable y cuando traté egoístamente de desviar mi pensamiento para poder sufrir menos visualicé el rostro de Dña. Lucilia... Me infundió valor y confianza. Y si hoy he decidido escribirles es porque me parece importante poder creer que el Señor nos concede la gracia de conocer en esta tierra a personas que de algún modo pueden infundirnos coraje en momentos de profunda dificultad y dolor».

Daniela pronto se habituó a recurrir al eficaz amparo de Dña. Lucilia: «Pienso siempre en ella como una intercesora. Su vida inmaculada le habrá asegurado en el Cielo, sin duda, un sitio especial, desde el cual puede dialogar con la Virgen y presentarle nuestras súplicas. Ahora forma parte de mi vida y puedo testimoniar que me escucha cuando la invoco. Pienso en papá, que ya no está, y enseguida la veo, envuelta en su chal, sonriéndome y animándome».

«Le pedía a Dña. Lucilia una señal»

«Un día en el cual pensaba intensamente en mi hijo Ángelo, que estaba pasando un momento de debilidad psicológica, dirigí la mirada al Cielo y le pedí a Dña. Lucilia una señal a fin de que pudiera saber si me



Daniela Martucci junto a su esposo

«Estamos saliendo de una pesadilla gracias a la protección Dña. Lucilia. Confío en su intercesión y en el calor de su chal de color lila»

estaba oyendo y comprendiendo mis preocupaciones acerca de él. En ese preciso instante vi una estrella fugaz surcando el azul de la noche con su rastro luminoso y pensé: “Ha sido ella, que me escuchó y me ha dado la señal que le pedía”.

«La noche siguiente a ese episodio, mi hijo, al volver del trabajo, me dijo: “Mamá, me ha pasado una cosa bellísima. Mientras iba en el coche, una estrella fugaz ha atravesado el cielo con su rastro y parecía que casi la podía tocar. ¡Ha sido una sensación maravillosa!”. Tras días de tristeza, pude ver una sonrisa de luz en el rostro de mi hijo...».

«Estamos saliendo de una pesadilla, gracias a su protección»

Segura de que Dña. Lucilia está dispuesta a atenderla en todos los mo-

mentos, Daniela no tuvo recelo en implorar su auxilio también para que su hijo no fuera alcanzado por la pandemia:

«Hace algunos días, habiendo estado en contacto con un compañero que dio positivo [en coronavirus], empezó a acusar un dolor en los huesos acompañado de fiebre y pérdida del olfato: el médico de familia concluyó que se trataba de COVID-19 y que tenía que hacerse las pruebas. Le rogué mucho a Dña. Lucilia para que le transmitiera mis preocupaciones a la Santísima Vir-

gen... Ángelo se las hizo y, para sorpresa de todos, el resultado fue negativo!».

Sin embargo, su esposo contrajo la enfermedad... y entonces Daniela no dudó en invocar nuevamente a su intercesora.

«Durante diez días estuvo muy mal, con fiebre altísima y baja saturación de oxígeno; estábamos a punto de decidarnos por su hospitalización... Mis ruegos a Dña. Lucilia no pasaron desapercibidos: mi marido empezó a sentirse mejor y ya el tercer test resultó negativo. En todo ese tiempo tuve que cuidarle muy de cerca e incluso ponerle inyecciones.

«A estas alturas era inevitable mi contagio. Recurrí a ella, le pedí coraje para enfrentar tan difícil situación. No enfermó y pude tratar adecuadamente a mi esposo. Estamos saliendo de una pesadilla gracias a su protección, de eso estoy segura. Confío en su intercesión y en el calor de su chal de color lila».

* * *

Así pues, esa bondadosa señora no cesa de conquistar nuevos devotos que, sintiéndose protegidos bajo su chal acogedor, no dudan de su maternal auxilio. Sí, ella ha amparado a numerosas almas, llenándolas de esperanza y dándoles fuerzas para afrontar difíciles y dolorosas situaciones. ✧

Reflejos de la devoción a la Virgen



Reproducción

La piedad de Dña. Lucilia, de la que ella misma apenas hablaba, era poco efervescente, pero podía ser percibida en todo. Se parecía mucho a su manera de ser comunicativa, afable, aunque muy discreta. Al igual que su tono de voz, dulce, suave, similar a los distintos registros de un órgano que sonara bajito y armoniosamente en una pequeña capilla, su ardiente devoción permanecía siempre envuelta en un velo de discreción.

Así era su fervor hacia la Madre de Dios, del cual casi se podría decir que empezó en el momento en que las aguas purificadoras del Bautismo fueron derramadas sobre su frente.

Una de las prácticas que más la hizo crecer en esa devoción fue, evidentemente, el rezo del Santo Rosario, al que se había acostumbrado desde su remota mocedad. Estuvo usando durante mucho tiempo un bonito rosario de cristal, hasta el día en que el Dr. Plinio le trajo otro de Aparecida, el santuario mariano más importante de Brasil. Sin duda, nunca olvidaría las palabras que su hijo le dijo al entregarle aquel modesto, pero cuán significativo regalo:

—Mi bien, mire usted, es un rosario de poco valor. Sólo se lo he traído para que se acuerde de que recé por usted cuando estuve en Aparecida.

Pese a su sencillez, lo comenzó a usar a partir de entonces, pues le vinculaba a un recuerdo: «Mi hijo, estando en Aparecida, junto a Nuestra

Señora, se acordó de mí con especial afecto».

Había una advocación que conmovía muy especialmente el alma maternal de Dña. Lucilia, siempre dispuesta a atender las necesidades de sus hijos, antes incluso de que se lo pidiesen: la de Nuestra Señora de las Gracias.

En la pequeña imagen francesa que tenía en su cuarto, la Santísima Virgen es representada con los brazos abiertos, como compadeciéndose de las flaquezas humanas y deseosa de distribuir los tesoros de sus gracias a aquellos que se colocan bajo su manto protector.

El hombre modela su espíritu según el objeto de su admiración. Nuestras almas son como espejos. Al rendirle culto a María se refleja en nosotros un poco de su excelsitud. Algo de esto sucedió, ciertamente, con Dña. Lucilia.

Los episodios cotidianos de los últimos años de su vida dejaban traslucir de modo especial esa elevación de alma que perfumaba todos sus gestos. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 554-555.



Mario Shinoda

Imagen de Nuestra Señora de las Gracias que Dña. Lucilia conservaba en su cuarto



13 DE MAYO

Roberto Salas

El Salvador

Ciento cuatro años de Fátima

No es ninguna novedad que la devoción a la Virgen de Fátima se encuentre entre las más difundidas por los Heraldos del Evangelio. Por lo tanto, el día 13 de mayo no podría pasar sin ser festejado, de manera especial, en los países donde suelen realizar sus actividades, pero sobre todo con el objetivo de llevar a cabo un acto de reparación. En efecto, si el mundo está pasando por toda clase de crisis es porque rechazó las palabras de Nuestra Señora y despreció sus consejos.

¿Qué les dirá María Santísima a sus hijos?

En 1917 Ella avisó de que vendrían guerras y revoluciones; no obstante, los hombres hicieron poco caso de los medios indicados para evitar esas convulsiones, como el rezo del Rosario y la Comunión reparadora de los cinco primeros sábados de mes...

Además de hacer esas advertencias, la Santísima Virgen prometió que volvería. Así pues, ¡Nuestra Señora visitará otra vez a la humanidad! Cuando esto ocurra, ¿cómo nos encontrará? ¿Seremos de esos hijos que rechazaron las palabras de su Madre? ¡Dios quiera que Ella nos encuentre con «las lámparas encendidas» (cf. Mt 25, 1-13), como hijos amorosos y vigilantes!

Sin embargo, debemos preocuparnos no solamente con nuestras actitudes particulares, sino también con los actos de todos los hombres.

Muchos de ellos, en lugar de esperar con entusiasmo el regreso de aquella que es capaz de librarnos de los peligros,

llevan una vida descontrolada e inmoral. Son hijos ingratos e indignos, que rechazan el amor materno y los consejos de Nuestra Señora. ¿Qué palabras les dirigirá a tales hijos?

Entonces hagamos de todo para pertenecer a la otra categoría de hijos: los que verdaderamente merecen ese nombre, pues aguardan presurosos el retorno de la Madre y la implantación de su Reino.

Autoridades eclesásticas

En España se celebraron Misas en honor de Nuestra Señora de Fátima en la catedral de la Almudena, de Madrid, presidida por el cardenal Carlos Osoro Sierra, y en la basílica del Sagrado Corazón de Jesús, de Gijón, presidida por el arzobispo de Oviedo, Mons. Jesús Sanz Montes, OFM. Por otra parte, en Italia la ceremonia tuvo lugar en la parroquia de los Santos Antonio y Aníbal María di Francia, donde Mons. Darío Gervasi, obispo auxiliar de Roma, coronó en nombre de todos a la imagen peregrina de la Virgen.

Yéndonos a América, en República Dominicana, el obispo de Baní, Mons. Víctor Emilio Masalles Pere, presidió la Celebración Eucarística realizada en la catedral de Santo Domingo. Y en Paraguay la ceremonia realizada en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, de Ypacaraí, estuvo presidida por Mons. Ricardo Jorge Valenzuela Ríos, obispo de Caacupé.

En esta página y la siguiente podemos ver diversas fotografías de algunas de esas ceremonias. ✧



Eric Salas

Gijón (España)



Eric Salas

Madrid



México

Juan Carlos Villagómez



César Galarza

República Dominicana



Patrick

Italia



Ricardo José Cali

Paraguay



Roberto Salas

El Salvador



Gabriel Monge

Brasilia



Pablo Díaz

Uruguay



Elisavete Corpeño

Ecuador



Matcos Sette

Campos dos Goytacazes (Brasil)



Arthur Benedetti

Ponta Grossa (Brasil)



Fotos: César Galarza



República Dominicana – Las misiones marianas no cesan en este país (foto 1). En la parroquia del Buen Pastor un grupo de alumnos del Colegio Follow Me recibió la Primera Comunión de las manos del mismo sacerdote heraldo que preparó a los niños (foto 2). Y en la parroquia de Santa María de la Evangelización, treinta y siete jóvenes, que hicieron la catequesis en la casa de los Heraldos del Evangelio, recibieron el sacramento de la Confirmación de Mons. Faustino Burgos Brisman, CM, obispo auxiliar de Santo Domingo (foto 3), durante una Misa presidida por él el día 22 de mayo.

Fotos: Edito Agostinho Mapanga



Mozambique – En mayo, el obispo auxiliar de Maputo y administrador apostólico de Pemba, Mons. Antonio Juliassse Ferreira Sandramo, les confirió el sacramento de la Confirmación a fieles de ambos sexos durante la Santa Misa que presidió en la casa de los Heraldos del Evangelio de Maputo.

Fotos: Marcos Sette



Brasil – Mons. Dimas Lara Barbosa, arzobispo de Campo Grande, invitó al coro y conjunto instrumental de los Heraldos del Evangelio para que solemnizaran con cantos litúrgicos y piezas variadas la apertura del Congreso Católico de Educación, realizado en mayo en dicha ciudad.



Fotos: Francisco Estuardo Ruiz Cruz

Guatemala – Llevada por miembros de la rama femenina de los Heraldos, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó el 13 de mayo el Ayuntamiento de Ciudad de Guatemala, donde fue recibida por la Policía Municipal (foto 3). El alcalde, Ricardo Quiñónez Lemus, coronó la imagen junto con su esposa (foto 1) y, a continuación, depositó en las manos de Nuestra Señora el distintivo de la municipalidad usado por él. La imagen recorrió además los despachos de las siete plantas del edificio, entre ellos la del Servicio de Transportes, donde fue recibida afectuosamente por el gerente de EMETRA, Jorge Palacios (foto 2).



Fotos: José Ribeiro

Brasil – El 14 de mayo el oratorio de Nuestra Señora de Fátima, situado en la casa de los Heraldos del Evangelio de Nova Friburgo, estrenaba campanario (foto 1). El acto de inauguración estuvo presidido por Mons. Luiz Antonio Lopes Ricci, obispo diocesano, el cual bendijo las campanas y celebró la Santa Misa de acción de gracias (fotos 2 y 3).



Fotos: Arthur Benedetti

Brasil – Los Heraldos fueron invitados a participar de la Pascua Militar, realizada el 26 de mayo, en la catedral de Ponta Grossa. Mons. Sergio Arthur Braschi, obispo diocesano (foto 1), presidió la Celebración Eucarística. Y en la Semana de la Enfermería, misioneros heraldos visitaron el Hospital Universitario Materno Infantil, de la misma ciudad (foto 2).



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Una iglesia canadiense es elevada a basílica menor

Canadá ha conseguido otra basílica menor. El título fue concedido en febrero a la iglesia de San Finiano, en la localidad de Alexandria (Ontario), inaugurada en 1833. Según el párroco, el P. Jonathan Blake, esto significa un «reconocimiento de la belleza e historia del templo, y del importante papel que ha tenido en Alexandria y en esta parte de la provincia».

El decreto de elevación de la iglesia a basílica menor fue leído oficialmente a los fieles durante la Misa celebrada el 11 de abril. Se trata de la tercera basílica menor de la archidiócesis de Ottawa-Cornwall, y la vigesimosexta del país.



Se retoma la adoración eucarística en la archidiócesis de Valencia

Tras un prolongado período en el que estuvieron cerradas, debido a las restricciones motivadas por el COVID-19, las ocho capillas de Adoración Eucarística Perpetua de la archidiócesis española de Valencia abrieron nuevamente sus puertas a los fieles. Están localizadas en Alzira, Gandía, Valencia, Alcoy, Agullent, Catarroja, Requena y Moncada.

Centenares de personas participan cada día en la adoración eucarística en dichas capillas, observando todas las medidas sanitarias establecidas por las autoridades.

En la del monasterio Belén de la Inmaculada, de Agullent, de las Hijas de la Sagrada Familia, y en la del monasterio del Santo Sepulcro, de Alcoy, confiado a las monjas de la Familia del Verbo Encarnado, la ado-

ración perpetua permaneció abierta durante todo el confinamiento. Para ello las religiosas cubrieron todos los horarios de la adoración.



Reproducción

Asesinan a otro sacerdote en Nigeria

Continúa la persecución religiosa en Nigeria. La noche del 20 de mayo, un grupo de hombres armados invadió la parroquia de San Vicente Ferrer, de la ciudad de Malumfashi; mataron al párroco, el P. Alphonsus Bello, de 30 años, secuestraron a su predecesor, el P. Joe Keke, de 60, y dejaron numerosos heridos.

Según informó el director de comunicaciones sociales de la Secretaría Católica de Nigeria, el P. Umoh, el cuerpo del P. Bello fue encontrado a la mañana siguiente, en tierras agrícolas próximas a la escuela de catequesis. Pero todavía no había noticias del paradero del P. Keke.

Nuevo santuario dedicado a Santa Rita de Casia

Una enorme construcción en honor de Santa Rita de Casia está siendo llevada a cabo en el municipio brasileño de Cássia, cuya inauguración está prevista para el 22 de mayo de 2022, fecha en que la Iglesia celebra la memoria de esta conocida santa.

La obra, situada en la diócesis de Guaxupé, es iniciativa de un devoto. Además de la iglesia, con capacidad para cinco mil fieles sentados, incluirá una réplica de la casa de Santa Rita, un recinto para velas, un área comercial y un aparcamiento con casi mil plazas.

El santuario en construcción será el templo más grande, en todo el mun-

La Policía china arresta a clérigos de Xinxiang

En tan sólo dos días, casi todos los clérigos de la prefectura apostólica de Xinxiang, China, fueron detenidos por la Policía Local.

En la tarde del día 20 de mayo, aproximadamente cien policías rodearon la fábrica cuyas instalaciones se utilizan como seminario diocesano y arrestaron a siete sacerdotes y diez seminaristas, a los cuales se les confiscaron sus pertenencias. Las autoridades chinas cerraron la fábrica y también apresaron a su director. Los diez candidatos al sacerdocio fueron enviados a sus casas y prohibidos de estudiar Teología.

Al día siguiente, encarcelaron a Mons. Joseph Zhang Weizhu, obispo de Xianxiang, de 63 años. El prelado, ordenado en 1991, ya estuvo preso en otras ocasiones.

Conforme afirman las autoridades, los agentes de seguridad cumplían el reglamento sobre actividades religiosas decretado por el presidente Xi Jinping en noviembre de 2020. La prefectura apostólica de Xinxiang, con cerca de cien mil fieles, no es reconocida por el Gobierno comunista chino, que considera sus actividades «criminales» e «ilegales».

Como señala la agencia de noticias *Asia News*, «según muchos observadores, desde que se firmó el Acuerdo provisional entre China y la Santa Sede ha aumentado la persecución contra los católicos, sobre todo los no oficiales».

do, dedicado a la patrona de las causas imposibles.

El rosario de oro de María Estuardo ha sido robado

A finales de mayo fueron robados diversos objetos de valor que pertenecieron a María I, reina de Escocia, y se encontraban expuestos en el castillo de Arundel, de West Sussex (Inglaterra). El material había sido conservado desde el siglo XVI por la familia del duque de Norfolk, que los recibió tras la muerte de la monarca. Entre las piezas sustraídas se encuentra el rosario de oro que la reina llevaba consigo durante su ejecución, el 8 de febrero de 1587.

Los investigadores sospechan que los delincuentes habrían entrado por una ventana del castillo, reabierto a los visitantes recientemente. Los ladrones rompieron la vitrina donde estaban expuestos los artículos y huyeron antes de que la Policía llegara.

La comisaria de las Colecciones Stonyhurst, Jan Graffius —que además de ser responsable de documentos y objetos históricos, también tiene a su cargo un amplio acervo de reliquias de mártires perteneciente al Stonyhurst College, de Lancashire, al norte de Inglaterra—, manifestó apenada: «Esta es una pérdida muy trágica para la Historia, pero específicamente para la Historia católica». Y

añadió: «El valor real de ciertos objetos, como el rosario de María Estuardo, no puede ser tasado en términos económicos».



Nuevos actos de profanación en Nueva York

La mañana del 14 de mayo se descubrió otro acto de profanación en Nueva York. Esta vez se trata de un crucifijo que estaba en el exterior de la iglesia de San Atanasio, de Brooklyn, que fue arrojado al suelo con el rostro del crucificado en tierra.

Como acto de reparación, los fieles de la parroquia realizaron una vigilia de oraciones al día siguiente y levantaron provisionalmente en el lugar una cruz de madera, hasta que el crucifijo original esté restaurado.

Unos días después, una imagen del Niño Jesús fue decapitada en la misma zona de Nueva York. El atentado se dio en el área ocupada por las oficinas administrativas de la diócesis de Brooklyn.

Las iglesias de esta circunscripción eclesiástica fueron notificadas para que estuvieran en alerta, pues los crímenes de odio y vandalismo contra la Iglesia Católica vienen ocurriendo con frecuencia en la región.

Ofrenda floral a la imagen sumergida de la Virgen de los Desamparados

El 16 de mayo se realizó la tradicional ofrenda floral a una imagen de la Virgen de los Desamparados que, hace más de cuarenta años, se encuentra sumergida en las aguas que bañan el faro de Valencia.

A las once de la mañana varias embarcaciones partieron del muelle con flores para Nuestra Señora. Al llegar al lugar, quince submarinistas llevaron los ramos hasta la imagen, situada a diez metros de profundidad. A continuación, los participantes regresaron al Real Club Náutico de Valencia, donde se celebró la Santa Misa.

La devoción a la Virgen de los Desamparados se remonta al siglo XV. En 1977 una imagen bajo esa advocación fue esculpida en bronce y sumergida en las aguas del mar, a catorce metros de profundidad, con el fin de custodiar a la ciudad y a los marineros. Treinta años más tarde, fue retirada y restaurada, siendo repuesta en 2009, en un lugar más accesible.

GAUDIUMPRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano

• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese gratuitamente en es.gaudiumpress.org

☒ 30 días con el Papa
☒ Mundo
☒ América Latina
☒ Roma
☒ Espiritualidad

El precio de un milagro

Jesús no lo curó, pero sembró en su corazón una promesa.
Sustentado por esa esperanza, continuó durante muchos años
pidiendo limosna junto a la puerta del Templo, hasta que un día...



Therese Hồng Ân Nguyen

En una aldea de Palestina vivía una familia que seguía al pie de la letra las leyes de Moisés y creía ardientemente en el Señor Dios de Israel. Sin embargo, uno de sus hijos, llamado Jacobo, había nacido paralítico. El niño, activo y experto, sufría mucho por su minusvalía, la cual le impedía jugar como los demás muchachos y lo imposibilitaría de ayu-

dar a sus padres en sus quehaceres cuando creciera.

Un día, mientras se encontraba en su cama tranquilo y pensativo, se le acerca su madre y le dice: «Hijo mío, no sé qué es lo que Dios te ha reservado para el futuro, pero te voy a dar un consejo de oro: inunca pierdas la esperanza! Cuando el Señor ve que una persona está en el auge de la prueba, interviene».



«Hijo mío, te doy un consejo de oro: inunca pierdas la esperanza!»

El niño guardó en su pequeño corazón aquellas afectuosas palabras, que lo consolaron profundamente.

Pasaron los años y, tras el fallecimiento de sus padres, ya adulto, no tenía otro medio de ganarse el sustento a no ser sentado en la calle junto al Templo de Jerusalén, confiando en la caridad de los que por allí transitaban.

En cierta ocasión observó, mientras mendigaba, que había un gran tumulto en la plaza; entonces unos le gritaron: «¡Mira, ahora va a pasar Jesús! ¡El que hace tantos milagros!».

Al verse envuelto en mitad del revuelo, Jacobo les rogó a dos hombres que lo llevaran junto al Nazareno; ambos sintieron pena y lo condujeron de prisa hasta Él. Cuando ya estaba delante de Jesús le suplicó: «Mi Señor, itened piedad de mí! Soy paralítico de nacimiento y de veras ¡quiero ser curado!».

Todos —principalmente nuestro pobre doliente— fijaron su mirada en el Maestro a la espera de un nuevo milagro. No obstante, Jesús le respondió con mucha bondad y mansedumbre: «Hijo, claro que deseo tu sanación, pero no ahora. Vendrá el día en que andes, según la voluntad de mi Padre que está en los Cielos. Esa hora, sin embargo, todavía no ha llegado».

Jacobo no se rebeló ni tampoco se desanimó; al contrario, se llenó de

contento por haber oído la dulce voz del Salvador. Su resignación a la voluntad de Dios fue motivo de admiración para los ángeles y alegró el corazón del Señor.

Años después a ese encuentro, el paralítico continuaba mendigando diariamente en el mismo sitio y siempre mantenía fresco en su memoria el consejo que le había dado su madre, pero, sobre todo, la voz de Jesús. Y esto a pesar de que a menudo se le acercaban algunos y se burlaban de él: «Eh, tú. ¿Realmente pensabas que el Nazareno iba a hacerte un milagro? De verdad, qué soñador eres... Jesús ya murió ¡y tú no has sido curado, ni jamás lo serás! ¿Para qué tanta vana esperanza?».

Cuando se marchaban los que así se reían de él y lo dejaban a solas, Jacobo reflexionaba sobre su triste situación sin perder la fe: «Aunque Jesús no me curó en aquella ocasión, me garantizó que en algún momento podré caminar. Sí, es cierto que ya ha muerto, pero tengo la certeza de que regresará».

Y, esperanzado, concluía sus pensamientos con esta hermosa oración: «¿Cuándo y cómo ocurrirá mi curación? No lo sé... Pero bendita sea la voluntad del Señor en cualquier circunstancia. Dios sabe lo que es mejor para mí».

Entonces interrumpió sus plegarias al ver a dos varones —uno anciano y otro más joven— que se acercaban al Templo y, como no podía dejar de pedir ayuda para su sustento, les suplicó:

—Señores, ¡una limosna, por caridad!

Estos hombres se llamaban Pedro y Juan. El mayor de ellos le dijo:

—Míranos.

Y se quedó mirándolos atentamente esperando recibir algo. No obstante, Pedro prosiguió:

—No tengo ni oro ni plata, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesús el Nazareno te digo, ¡levántate y anda! —Y, cogiéndolo de la mano derecha, le ayudó a erguirse.



Ilustraciones: Elizabeth Bonyun

«No tengo ni oro ni plata, pero te doy lo que tengo»

De un salto, Jacobo se puso de pie y empezó a caminar. Entró con ellos en el Templo saltando y alabando al Creador: «Dios mío, ¡qué justo y misericordioso sois! Pese a que no poseo mérito alguno para ser curado, ¡pusisteis en mi alma la esperanza en la bondad de Jesús! Sé muy bien que Él es el Mesías, el Hijo de Dios. Ha venido de nuevo, en la persona de Pedro, para sanarme. ¡Benditos sean el santo nombre de Jesús y la voluntad del Padre que está en los Cielos! ¡Aleluya, aleluya, aleluya!».

Todo el pueblo, incluso quienes antes se burlaban de él, decían con admiración: «En verdad, el Nazareno está vivo para siempre».

Al llegar a casa ese mismo día se encontró con sus compañeros, los mismos que tanto le habían aumentado sus sufrimientos a base de escarnios. Estaban desconcertados y miraban desconfiados a este exparalítico. Se le acercaron y le dijeron:

—A ver, aquí entre amigos, no nos mientas: ¿cuánto les has pagado a esos hombres para que te curen?

—Sí, eso... —completaba otro—. Porque nadie hace una cosa así gratis. Seguramente que has encontrado una fórmula para el éxito en cualquier situación. ¿Cuál es? Dinos.

Y Jacobo les contestó:

—Este milagro ha costado tanto que no hay oro en el mundo que pudiera pagarlo. El precio de esta curación ha sido el amor de Dios y la esperanza durante toda mi vida.

A partir de aquel día, Jacobo recorrió muchas ciudades y pueblos predicando el poder y la misericordia de Jesús y enseñando que, aun cuando pareciera que no escucha nuestras peticiones, el Señor nunca decepciona a los que en Él confían. Su ternura y compasión lo llevan a querer siempre lo mejor para todas las criaturas. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Aarón. Sacerdote del Antiguo Testamento, de la tribu de Leví, hermano de Moisés.

2. Santa Monegunda, monja anacoreta (†d. 557). Con el consentimiento de su marido, se recluyó en una celda, en las proximidades de Tours, Francia, donde llevó una vida de ayuno y oración.

3. Santo Tomás, apóstol.

Santo Heliodoro, obispo (†s. IV-V). Discípulo de San Valeriano, participó en el Concilio de Aquilea, en el 381, contra la herejía arriana.

4. XIV Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Isabel, reina (†1336 Estremoz - Portugal).

Beata Catalina Jarrige, virgen (†1836). Terciaria dominica; durante la Revolución francesa ayudó a los sacerdotes no juramentados, proporcionándoles pan y vino para la celebración de la Misa.

5. San Antonio María Zaccaría, presbítero (†1539 Cremona - Italia).

San Atanasio de Jerusalén, diácono y mártir (†451/452). Diácono de la iglesia de la Resurrección, asesinado por el monje hereje Teodosio, cuya impiedad le había recriminado durante el Concilio de Calcedonia.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (†1902 Nettuno - Italia).

Santa Nazaria de Santa Teresa March Mesa, virgen (†1943). Monja de origen español fallecida en Buenos Aires. Fundó en Bolivia el Instituto de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia.

7. San Panteno de Alejandría (†s. III). Hombre de vasta cultura que, por amor a la Palabra



San Enrique - Iglesia de Santa María dell'Anima, Roma

de Dios, se dirigió al más lejano oriente para predicar el Evangelio.

8. Santa Landrada, abadesa (†690). Hija espiritual de San Lamberto y primera superiora del monasterio benedictino de Bilsen, Bélgica.

9. Santos Agustín Zhao Rong, presbítero, y **compañeros,** mártires (†s. XVII-XX China).

Beato Fidel Chijnacki, mártir (†1942). Religioso capuchino preso durante la ocupación de Polonia y enviado al campo de concentración de Dachau.

10. Santa Amalberga, virgen (†s. VIII). Nacida en Rodingi, Bélgica, fue educada en Bilsen por Santa Landrada y recibió de San Wilibrordo el velo de las vírgenes consagradas.

11. XV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Benito, abad (†547 Monte Cassino - Italia).

San Leoncio, obispo (†c. 570). Brilló en Burdeos, Francia, como constructor y restaurador de edificios destinados al culto.

12. Santa Inés Lê Thi Thành, mártir (†1841). Madre de familia asesinada en Vietnam durante el reinado del emperador Thiệu Tri por haber ocultado en su casa a un sacerdote.

13. San Enrique, emperador (†1024 Grone - Alemania).

San Esdras, sacerdote y escriba que, al volver del exilio de Babilonia, congregó al pueblo hebreo disperso y puso gran empeño en que se enseñara y se cumpliera en Israel la Ley del Señor.

14. San Camilo de Lelis, presbítero (†1614 Roma).

Santa Toscana, viuda (†1343/1344). Tras la muerte de su esposo, se dedicó al cuidado de los enfermos en el hospital de la Orden de San Juan de Jerusalén en Verona, Italia.

15. San Buenaventura, obispo y doctor de la Iglesia (†1274 Lyon - Francia).

San David, obispo (†c. 1082). Religioso cluniacense de origen inglés, enviado como misionero a evangelizar a los suecos.

16. Nuestra Señora del Carmen.

Beatos Jugar Sugar, presbítero, y **Roberto Grissold,** mártires (†1604). Torturados y asesinados durante el reinado de Jacobo I de Inglaterra; el primero por ejercer su ministerio sacerdotal en ese país y el segundo por haberle prestado ayuda.

17. San León IV, Papa (†855). Defensor de la justicia y apologista del primado de Pedro.

18. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Simón de Lipnica, presbítero (†1482). Sacerdote franciscano ilustre por sus predicaciones. Durante una epidemia acaecida en Cracovia, Polonia, se entregó al cuidado de los apestados moribundos, viniendo a fallecer tras contraer la enfermedad.

19. Santa Macrina, virgen (†379). Hermana de los Santos Basilio Magno, Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste. Versada en la Sagrada Escritura, se retiró para llevar una vida solitaria en el monasterio de Annesis, al norte de la actual Turquía.

20. San Apolinar, obispo y mártir (†c. s. II Ravena - Italia).

San José Barsabás, discípulo de Jesús. Propuesto por los Apóstoles, junto con San Matías, para ocupar el puesto de Judas.

21. San Lorenzo de Brindis, presbítero y doctor de la Iglesia (†1619 Lisboa).

Santa Práxedes, virgen (†c. 491). Consta que fue hija del senador romano Pudente, convertido por San Pedro. La basílica que se encuentra en el Esquilino lleva su nombre.

22. Santa María Magdalena.

San Anastasio, monje (†662). Discípulo de San Máximo el Confesor, murió en el Cáucaso, después de haber soportado la cárcel y la tortura a causa de la fe verdadera.

23. Santa Brígida, religiosa (†1373 Roma).



Santa Isabel de Portugal exorcizando a un poseso - Iglesia de la Orden Tercera de San Francisco, Salvador de Bahía

San Ezequiel, profeta. Reprendió al pueblo de Israel por sus infidelidades y vaticinó la destrucción de Jerusalén.

24. San Sarbelio Makhlûf, presbítero (†1898 Annaya - Líbano).

Santa Cunegunda, religiosa (†1293). Hija del rey de Hungría y casada con el príncipe de Cracovia, Polonia, con quien vivió en perfecta castidad. Tras la muerte de su esposo se hizo religiosa clarisa en el monasterio fundado por ella.

25. Solemnidad del apóstol Santiago.

Santa Olimpia, viuda (†408). Habiendo enviudado siendo aún muy joven, se dedicó al servi-

cio de Dios en Constantinopla y fue fiel colaboradora de San Juan Crisóstomo.

26. San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen María.

Beatos Vicente Pinilla y Manuel Martín Sierra, presbíteros y mártires (†1936). Durante la guerra civil española fueron sacados por la fuerza de la iglesia y fusilados.

27. Beata María Magdalena Martingo, abadesa (†1737). De familia noble, entró como religiosa en el convento capuchino de Brescia. Fue favorecida con fenómenos místicos y dejó escritos que revelan su inusual espiritualidad.

28. San Sansón, abad y obispo (†c. 565). Propagó el Evangelio y la disciplina monástica en Bretaña, Francia. Fundó la abadía de Dol.

29. Santa Marta.

San Luis Martin, padre de familia (†1894). Padre de Santa Teresa del Niño Jesús. Llevó una vida matrimonial ejemplar con su esposa, Santa Celia Guérin Martin.

30. San Pedro Crisólogo, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 450 Imola - Italia).

Santas Máxima, Donatila y Segunda, vírgenes y mártires (†304). Asesinadas en la actual Turquía durante la persecución de Diocleciano por negarse a quemar incienso a los ídolos.

31. San Ignacio de Loyola, presbítero (†1556 Roma).

Beato Juan Colombini, religioso (†1307). Rico comerciante de Siena, Italia, lo abandonó todo y abrazó una vida de extrema pobreza. Fundó la Orden de los Jesuatos.

El trono del Rey de reyes

El Salvador nació pobre y era conocido como «el hijo del carpintero». ¡Cuánto se rebajó para elevarnos! Parece que fuera el único rey que no ha querido tener un trono propio... ¿Acaso sería eso?

Lorena Mello da Veiga Lima



Desde los tiempos más remotos la figura del soberano ha sido siempre el pináculo de la sociedad en las civilizaciones y culturas más variadas. Se convertía en la cabeza de un pueblo aquel que sobresaliera por sus capacidades bélicas, por su carácter dominante, por sus dotes naturales o, incluso, por su noble linaje. Los dos primeros monarcas que tuvieron los hebreos, Saúl y David, fueron elegidos directamente por Dios.

A pesar de las diferencias de costumbres nunca le faltó a ningún rey el uso de un trono. ¿Quién ideó este objeto? ¿Quién fue el primer jefe que se sentó en él? Su origen se pierde

en las brumas de los milenios... Sea como fuere, ese vocablo no indica únicamente un tipo de asiento, sino que significa también poder, mando, realeza.

En las Escrituras encontramos muchos pasajes que hacen referencia a él, como el siguiente: «Morirán en la tierra de Egipto todos los primogénitos: desde el primogénito del faraón que se sienta en su trono» (Éx 11, 5). Y en la promesa que el Todopoderoso le hizo al rey profeta con respecto de su hijo Salomón, en cuya persona vaticinaba al Mesías, se afirma: «Será él quien construya una casa a mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Tu casa y tu reino

se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará para siempre» (2 Sam 7, 13.16).

En el Nuevo Testamento esta figura se reviste de un esplendor sobrenatural cuando es empleada por el arcángel Gabriel para anunciarle a María que el Señor le dará el trono de David a aquel a quien Ella concebiría (cf. Lc 1, 32). El propio Jesús le promete un trono a cada uno de los Apóstoles, cuando Él mismo se sienta en el trono de su gloria (cf. Mt 19, 28). Finalmente, San Pablo nos incentiva a que «comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno» (Heb 4, 16).



Nuestra Señora de Coromoto - Casa de formación Thabor, Caieiras; al fondo, Sala del trono del palacio de Fontainebleau (Francia)

Timothy Ring

La doctrina de la Iglesia enseña que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, al ser Dios eterno e idéntico al Padre y al Espíritu Santo, dejó aparentemente su gloria en el Cielo para hacerse mortal y obrar la Redención del género humano. No sólo quiso asumir nuestra naturaleza, sino también pasar por los sufrimientos a los que estamos sometidos. Eligió para sí lo más humillante para después darnos, con divina largueza, las maravillas de la gracia.

Ahora bien, Él, Rey de reyes, nació pobre y era conocido como «el hijo del carpintero». ¡Cuánto se rebajó el Salvador para elevarnos!

Parece que fuera el único soberano que no ha querido tener un trono propio... ¿Acaso sería eso?

En realidad, Jesús rechazó todo aquello que revelara su realeza natural —¡porque era hijo de David!— y divina, pero no desconsideró el papel simbólico del trono. Escogió para sí el más extraordinario que pudiera haber: no era de oro ni de marfil, ni engastado de piedras preciosas; no poseía suaves y apacibles cojines, ni tampoco estaba adornado con símbolos heráldicos. ¡Su solio real fue María Santísima! Por eso hay una canción navideña que dice: «Un trono virginal, más hermoso y sublime que el Cielo, lo acogió».

Cristo es el rey que posee el trono más excelso que haya habido y habrá en todo la Historia. Y este mismo honor le reserva a quienes perseveren en la fidelidad, en medio de las pruebas, luchas y persecuciones: «Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono» (Ap 2, 21).

Recurramos a la Santísima Virgen con total y filial confianza, sin temor a nuestras miserias. Ella nos ama con insondable predilección y cariño; tan sólo nos pide una cosa: que nos abandonemos, llenos de fe, a sus cuidados. Exhalado el último suspiro, el Dios encarnado cumplirá su promesa y compartirá con nosotros su trono de gloria: el regazo amable y suave de María. ✧



Francisco Lecaros

La marca eliática y la devoción a María

De Elías, el Tesbita, surgiría la cohorte profética del monte Carmelo, guiada por Eliseo tras su partida hacia el Cielo, que atravesaría los siglos y daría lugar a la Orden Carmelita, dedicada a la alabanza de la Virgen. No se puede llegar a la perfecta devoción a María sin participar del espíritu de Elías profeta.

Esta marca eliática distingue a los verdaderos servidores de Nuestra Señora, confiéndoles el celo por la gloria de Dios, la agilidad del águila para la contemplación divina y la santa cólera contra los demonios y los hijos de las tinieblas.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP